

Pàgina de crèdits:

Copy right, editora, año edición, maquetación, copy imágenes,
ISBN, Depósito legal, imprenta, etc...

¿LA OTRA?

Sara Do Rosario

Una tarde de febrero en la que algunos colegas y amigos se ríen entre copas preparando una cena en casa de Helena, Rita, una de las comensales, le pide a Helena su móvil para llamar a un amigo suyo de Valencia. Rita siempre alaba a ese señor por su hombría, su educación y su grandeza.

Dos horas después de llamarlo y no obtener respuesta, suena el móvil, Helena lo coge y una voz penetrante le saluda, preguntando:

–Hola. ¿Quién eres? Tengo unas llamadas de este número a mi móvil.

–¿Quién eres tú? Este es mi móvil y no recuerdo haber llamado a nadie –contesta ella un tanto extrañada.

Tras unos segundos de silencio, Rita interviene.

–Nena, ¿qué pasa? ¿Será mi amigo?

Helena en seguida, le pasa el móvil y le dice:

–Puede que sí.

Rita se va ha a hablar fuera de la casa como si se tratara de una conversación secreta.

Los demás asistentes a la cena, sin darse cuenta de nada, siguen con sus risas y bromas.

Pasada una hora, regresa Rita y con una sonrisa cariñosa le dice a Helena:

–Nena, mi amigo Lois quiere hablarte. Ponte, porfa.

Helena muy decidida coge el teléfono móvil, Lois se disculpa y le pregunta que cómo se llama. Ella, colorada, le

da su nombre, se presentan y hablan durante unos cuantos minutos.

Al colgar, Rita repite una vez más que Lois es todo un señor, un rey, como un gran amigo, un hermano.

La cena termina, todos se despiden y regresan a sus casas.

Helena, agotada, aprovechando que sus hijos están pasando el fin de semana con sus abuelos, pone una película en la televisión y se sumerge en un profundo sueño, cómodamente tumbada en su sofá.

Pasan dos días y Helena sigue prendada de esa voz. Aprovechando la visita de su gran amiga Ana, se lo comenta. A lo que ella, entre risas y con un poco de burla sana, le dice:

–Tía, ¡¡estás loca!! ¿Cómo una voz te puede alterar tanto?

Helena agacha la cabeza tímidamente y con una gran sonrisa contesta:

–No sé, Ana, pero me ha impactado.

Las dos se ríen mucho, pues ambas saben que Helena no es la típica mujer de creer en cuentos y menos en el amor.

Esa misma noche después de que Helena acostara a sus hijos, decidió disfrutar tranquila de una copa en su terraza, mirando al vacío y sin pensar en nada.

Sonó su móvil, era Lois. Ella, sorprendida, contesta el teléfono.

–Hola, Rita no está y no tiene móvil por ahora. Le diré que te llame cuando la vea.

–Espero que no te enfades, pero llamo para hablar contigo, si no es molestia y muy tarde –contesta él.

En esa hora y media de conversación, él fue todo un galán y su voz, demasiado perturbadora y excitante para ella.

Tras unos dos meses, esas llamadas se hicieron cada vez más continuas y profundas. Eran como dos amigos hablando de todos sus problemas, compartiendo vivencias, compartiendo logros y risas. Lois le contaba a Helena hazañas de su trabajo, era un guardaespaldas de éxito y de valores tradicionales. Ella sentía tal admiración que los sentimientos empezaron a surgir de una forma excitante.

Al no haberse visto nunca, empezó la curiosidad de cómo eran uno y otro físicamente.

Un día Lois llama y sin más le dice:

–Nena, quiero verte, necesito una foto tuya, mándame una.

–No sé cómo se hace eso, ¿que más da cómo seamos? Si ya con tu voz me enloqueces...

Se hace un silencio y Lois le insiste.

–Quiero una foto tuya, pide ayuda y mándamela.

Helena, tras tal insistencia, pide ayuda a una colega.

Se hace la foto y consiguen mandarla por mensaje.

Nerviosa por saber qué opinaba Lois de ella e inquieta por no saber si sería o no de su gusto, esos veinte minutos sin respuesta alguna parecieron horas para ella. No aguantó más la espera y le escribió:

«¿Te ha llegado?». «¡¡Hola, dime algo!!».

Minutos después él la llama y le dice:

–Eres preciosa, ¡una diosa!

Él suspira profundamente mientras Helena da saltitos de alegría y señala a su colega con el pulgar arriba dando el visto bueno a esa foto.

Entre risas hablan dos horas más ese mismo día.

Cenaron juntos mientras hablaban y se acostaron hablando.

Lois leía poemas de amor hasta que ella se quedaba dormida con el móvil pegado en su oreja y al día siguiente cuando despertaba siempre se encontraba con un mensaje de voz o una canción romántica de su querido Lois.

Sin duda, Helena estaba enamorada...

Él intentaba complacerla en todo hasta que un día en unas de sus llamadas le dijo:

–Nena, prepárate, ¡hoy te llevo a cenar ! ¡Me faltan cuatro horas para llegar a Cádiz!

–¿¡Qué?! –contesta ella con una sonrisa enorme y risa nerviosa.

–¿Es broma? ¿De verdad? ¿Vienes de Valencia a Cádiz solo para cenar conmigo?

Él se ríe y le dice:

–Claro que sí, no puedo estar ni un día más sin verte.

Helena no da crédito, después de colgar pone la música alta y tanta es su alegría que se lo cuenta a todos.

Está enloquecida; por fin, después de cuatro meses, iba a ver a ese galán.

Patricia, la cuidadora de sus hijos, le ayuda a buscar un vestido para que estuviera impresionante.

Patri, más nerviosa que ella, le pregunta:

–¿No tienes miedo? Solo sabes lo que él te dice... ¿Y si miente ? ¿Y si es feo o gordo ?

Ella la mira, piensa y sonrío, le da un abrazo y le contesta:

–Patri, me da igual como sea, solo me importa que me ha devuelto la ilusión, me siento viva y enamorada. Disfrútalo conmigo... Yo confío en él.

Tras esa pequeña charla Patricia se muestra más colaboradora, pero siempre pensando que era un error que Helena tuviera tanta ilusión por alguien que nunca había visto ni en una foto.

Las horas pasaban lentamente para ella, se probaba ropa sin parar y se hacía varios peinados sin quedar convencida con ninguno; cada minuto que pasaba más nerviosa estaba ella, y al cabo de esas cuatro horas, más cuarenta y cinco minutos de retraso, llega el momento tan esperado.

Suena el móvil, ella, nerviosa, le da su dirección, una casita de una sola planta rodeada de césped y árboles frutales. Nada más llegar Lois le manda un mensaje. Ella, nerviosa, inquieta y temerosa, va hacia él, lo mira, le da un beso y le pregunta:

—¿Qué tal tu viaje?

Un chico la mira, le da un abrazo y le dice con una sonrisa pícaro:

—¿Te conozco, guapa? Si quieres te llevo a donde quieras.

Helena se sonroja, se había confundido de persona. Avergonzada, iba a pedir disculpas a ese chico cuando escucha una voz que la llama por su nombre:

—¡Helena, nena! Estoy aquí.

Helena se disculpa una vez más por su torpeza y a paso lento camina hacia Lois.

Él la miraba embobado por su belleza, elegancia y porte.

Ella agachaba la cabeza por su timidez, a paso lento pero firme.

Al abrazarla con ese cuerpo fibroso de un metro ochenta, Helena tembló, el corazón se le salía del escote de ese vestido verde simple pero seductor.

Lois no la soltaba, la abrazaba como alguien que coge algo frágil con temor a que se rompa. Cuando Helena mira esos ojos verdes, ve tanto brillo que sus bocas, llenas de ganas de juntarse, se humedecen sin llegar a rozarse.

Lois, al sentir el temblor de Helena, le abre la puerta del coche y la invita a entrar:

–Nena, entra, estás temblando.

Ella lo mira y sin más le dice:

–Ahora entro, pero antes permíteme sacar una foto de la matrícula de tu coche, por si acaso me pasara algo...

Lois suelta una tremenda carcajada y la ayuda a sacar la foto de la matrícula de su coche, pues ella le pareció muy honesta.

Disfrutaron de una cena frente al mar saboreando una mariscada acompañada de un buen vino blanco, tan cómodos se sentían que bromeaban, se reían y se palpaba la excitación en el corto aire que separaba sus labios.

Las miradas eran pura pasión.

La tensión que pudo haber habido se rompió al hablar del inicio del encuentro, cuando Helena se equivoca de chico y de coche.

Lois bromeaba con ello y ella entre risas lo regañaba por no haber parado.

En ese momento él respira hondo y le acaricia la mano, a lo que ella a su vez siente como una corriente de deseo por todo su cuerpo, se miran y viene un silencio que el camarero interrumpe preguntando por la elección de los postres.

Lois pide un café mientras que ella se niega a pedir nada más:

–Solo la cuenta pues –dice Lois.

Al terminar tal maravilla de cena, ambos caminan por la playa. Él, como un caballero, la arropa con su abrigo y con sus largos brazos; luego, después de tantos suspiros, la lleva a casa, ella no quería que esa noche terminara nunca, deseaba que las horas se pararan; él dulcemente le promete volver y la besa en la frente, la aprieta contra su pecho y se queda mirando cómo se aleja con esos andares tan femeninos.

Al entrar en casa Helena se derrumba, quería llamarle, pedirle que no se fuera, que se quedara un día más... ¡qué locura! ¿Quién viene de Valencia a Cádiz a cenar y luego vuelve? Eso era de locos, no podía ser...

Patricia la abraza y le dice:

—¿Te hizo algo? ¿Qué te pasa?

Helena no contesta, se ducha y se acuesta.

Cuando se da cuenta, se alegra, pues tenía su abrigo y su olor la acompañó toda la noche.

La semana siguiente Helena se aleja mucho de las llamadas telefónicas de Lois.

Dejaba que sonara el móvil y daba excusas para no atender las llamadas ni escribir tantos mensajes, seguía prendada de él, pero no quería sufrir más.

Su amor eran sus padres y sus hijos, tenía buenos amigos y un buen negocio de estilismo y eventos de moda.

Lois, por su parte, temía el enfriamiento de Helena, se había portado bien, como un caballero, y no quería a Helena para una noche loca, sentía por ella mucho, pero su miedo a la distancia y al sentir era más fuerte que decir un te quiero.

Ella era una mujer espectacular, pero tenía un pasado, dos hijos y eso a él le asustaba; aun así, temía perderla.

Los dos se alejan, aunque el destino no permitió tal separación.

Al mes él no puede más... Helena ya había entrado en su corazón y en su mente, era ya peor que un vicio, su pensamiento se volvió rutinario por ella y decide mandarle un gran ramo de flores.

Cincuenta y tres rosas azules y una tarjeta donde decía: «Sé mía cada día y deja que te ame cada noche de mi vida».

Helena se vuelve loca y toda su lucha por no querer sentir se nubla.

Lo llama ansiosa, llena de ternura y le dice que tiene miedo, que él sería su último cartucho, pues ya había sufrido mucho, a lo que él le contesta:

–Sal, amor, estoy fuera esperándote.

Ella, entre lágrimas de alegría, sin pensar en nada ni en nadie, sale fuera, lo ve ante ella y se funden en un apasionado beso y un abrazo donde no se distingue el cuerpo de uno y de otro. Ya las palabras cobraron vida; la vida, pasión; la pasión, amor, y del amor nació una relación con pautas y mucho respeto.

Al pasar los meses el deseo sexual se notaba más y más. Eran novios, pensaba Helena, no quería esperar más. Él tenía que ir en serio y ella lo deseaba.

Se preguntaba ¿por qué no?

Era un día de junio y una vez más Lois iba a Cádiz para verla, pero esta vez por una semana. Helena prepara todo para recibir a Lois en un bonito hotel de Cádiz.

Va con Ana, echan pétalos de rosa por toda la habitación, ponen velas, encarga cena para dos...

Helena está feliz, ¡pletórica!

Suena el móvil: a Lois por su trabajo le han pegado un tiro en un brazo y hay que anularlo todo. Ella solo se asusta y se preocupa por él:

—¿Estás bien?... —le pregunta llorando. Él le pide paciencia y calma, solo es un rasguño, unos días de reposo y se reunirá con ella.

El momento del reencuentro no llegaba, pero las llamadas y los mensajes lograban que ese amor y esa pasión se alimentara en su ausencia.

Tiempo después fue Lois quien preparó la sorpresa para Helena y llegó el momento de cumplir con tanta ansia esa loca pasión.

Al llegar al hotel, Helena, anonadada con las vistas, la decoración y el olor de tantas flores, se lanza feliz a los brazos de Lois.

Los dos se ríen y disfrutan de ese gran momento de locura y pasión. Ella jamás había sentido tanto deseo ni tanta excitación como con él.

Su tacto, su forma de sentir, de besar, de susurrar, de amar... eran para ella novedades placenteras y llenas de intriga.

¿Cómo se podía sentir?, pensaba ella. Notó cómo su cuerpo se desplazaba a otro universo. Sintió calor, frío, tembló entre sus brazos y se quemó con su propio sudor. Su mente la traicionó, pues en esos días no pensó en nada que no fuera él.

Se olvidó de que fuera de ese paraíso inventado había vida, familia, responsabilidades...

Al atardecer, ya de camino a la rutina, los dos callados con una leve sonrisa saben que llega el momento, una vez más, de

despedirse y poner esa distancia por medio. Llegan a casa de ella, sus miradas brillantes y ese abrazo lo dicen todo.

Él le levanta la barbilla, le limpia una lágrima y la besa con ternura.

–¡No me dejes! –le pide ella.

–Jamás te dejaré. Te amo, nena. ¡Pronto estaremos juntos! Ella acepta con la cabeza y se aleja de él.

Concentrada en sus pensamientos y sin mirar hacia atrás, escucha los gritos de sus hijos. Su alegría al ver a su madre la hicieron olvidar un poco la marcha de Lois.

Al llegar, los niños le cuentan entre risas y besos todo lo que han hecho en esos días, recordándole lo mucho que la han echado de menos. Pasó la tarde y parte de la noche recompensando a sus pequeños por su ausencia, les preparó para cenar sus platos favoritos, se bañaron juntos y, cómo no, esa noche durmieron todos juntos escuchando un cuento inventado por ella.

A la mañana siguiente se levanta ella asustada, había olvidado de cargar el móvil ante tanta euforia de sus hijos. Enseguida lo puso a cargar para saber noticias de su amado. Al mirar, tenía tres llamadas perdidas, cinco mensajes románticos y una canción dedicada.

Al desayunar todos juntos, ella, pletórica, les cuenta cómo pasó esos días y les da la noticia a sus pequeños de que está enamorada de un chico maravilloso, ellos la machacan a preguntas y quieren conocerlo.

–La próxima vez que venga, que será muy pronto, lo conoceréis, seguro lo queréis como yo lo quiero y, si no es así, lo mandamos a Valencia de un soplo.

Los niños se ríen y todos correteando por el jardín empiezan a soplar y resoplar entre carcajadas.

Al paso de los días todo vuelve a la rutina. Trabajo, eventos, visitas familiares.

Helena se refugiaba en el trabajo y abarcaba muchas tareas para que el tiempo pasara rápido, pues las llamadas y los mensajes ya no eran suficientes para saciar su pasión.

Un viernes por la tarde, algo gris, llaman a su puerta y para su espanto era Rita. Le resultó raro que apareciese sin avisar.

Rita estaba algo distante.

—¡Hola, pasa! —dice Helena.

Rita entra con seguridad, tira el abrigo al sofá y sin más le dice:

—¿Estás saliendo con Lois? ¿Es algo serio? ¿Qué le has dicho de mí?

Helena la mira enojada y en tono serio responde:

—¿A qué viene esa actitud y tantas preguntas? No tengo que pedirte permiso y menos hablar de ti.

Rita coge el abrigo, la mira y le advierte:

—No sé de qué va esto, pero no te metas en mis cosas, Helena. Lois es mi colega de años, no sabes nada de él... ¡Aléjate!

—¿Me estás amenazando?

Rita no contesta y se larga dando un fuerte portazo. Helena se indigna, piensa en llamar a Lois para averiguar qué pasa, cuando en ese momento es interrumpida por sus padres que venían a cenar. Luego llega su hermano mayor con su cuñada y sobrinos, la casa está llena y ella atareada atendiendo a todos con el mismo cariño de siempre.

Helena es una mujer muy amada por sus padres y por su hermano.

Al ser la más pequeña de esa familia y la única separada con hijos pequeños, toda la familia se vuelca con ella, siempre rodeada de mucho mimo y protección.

Sus padres, orgullosos de ella, la admiraban como hija, como madre trabajadora, luchadora, como persona alegre y llena de vida.

Después de la cena se juntan en el sofá y entre anécdotas se ríen.

Las horas pasan volando y todos se van yendo.

–Hoy no estás bien. Cuando quieras me cuentas, hija.

Helena mira a su madre y le sonrío, se despide con un abrazo y un fuerte beso; su padre le reclama otro beso y otro abrazo, eso le hace gracia y que se sienta rodeada de cariño por todos ellos.

Cuando todos se marchan, mientras Patricia y ella recogen la mesa, suena el móvil.

Sí, era Lois, pero la rabia de ella ya no estaba. No quería decir nada en ese momento. Hablaron como siempre de su atareado día y del amor que sentían el uno por el otro.

Para ella era todo un sueño y no quería ensuciarlo por Rita, y menos ahora que Lois le había dicho que pronto iba a ir a estar con ella para conocer a sus hijos.

Tras acostar a sus pequeños, Helena se retira al jardín con una copa de vino. Cuando aparece Patricia y, preocupada, le pregunta qué le ha pasado, pues estaba muy seria.

–¡Ay, Patri! Estoy molesta con Rita... Le cuenta lo sucedido, Patricia no da crédito y al igual que ella se queda bastante sorprendida.

—¿Quién se cree esta que es? Ella tiene a su pareja... ¿A qué viene eso? ¿Por qué no hablas con Lois y sales de dudas?

—¿Qué le digo? Oye, ¿estás con Rita, qué ha pasado? No quiero entrar por ahí. Si él tuviera algún lío con ella... ¿Para qué estar conmigo? No tiene ningún sentido.

Helena le agradece a Patri su atención y se va a dormir.

Esta la mira y le dice:

—Habla con él y aclara todo esto cuanto antes.

Helena le sonrío y le promete que cuando venga hablará con el... Pero no por teléfono.

Pasan las semanas y todo sigue con tranquilidad.

Es miércoles y Lois está a punto de llegar. Ella, trabajando, intentando organizarlo todo para que su ayudante Teo pueda desempeñar el trabajo en su ausencia.

Era importante para Helena, pues Lois iba a conocer a sus hijos y a su familia, era la prueba de fuego. Teo era su mano derecha, en ese año se hicieron inseparables, pues formaban un buen equipo.

Teo era un señor gay lleno de creatividad y muy divertido; a su lado daba gusto trabajar, ya que las tres chicas que trabajaban también para Helena eran más serias, aunque, eso sí, muy buenas profesionales.

Osaris era un centro de moda y estilismo muy distinguido y con mucho éxito que Helena montó de la nada, sin la ayuda de nadie, trabajando duro en diversas tareas y cuidando a sus hijos sola. Por su propio sosiego prefirió renunciar a manutenciones y a todo lo que tuviera que ver con su exmarido. Un hombre inseguro, posesivo y muy agresivo que, por fin, regresó a Londres tras años de dolor y sufrimiento para ella.

Ahora se sentía más enamorada que nunca, confiaba en ese amor y ese hombre, Lois. Él le había dado todo lo que de su ex nunca había recibido.

–Estás muy linda. Si no fuera gay, me casaría contigo –le decía Teo con toda su gracia andaluza.

–Gracias a que tú me peinas –le decía ella entre risas.

Tras unos largos minutos de charla, llega el momento y Lois ya ha llegado. Helena no duda en salir feliz a recibirlo y una vez más ese encuentro es romántico tierno y lleno de amor.

–¿Vamos al hotel para que deje mi maleta?

–No, los nenes están impacientes, ya me han llamado tres veces. Mejor pasamos por casa primero.

Lois acepta encantado, pero algo nervioso. Sabía que conociendo a Helena no sería fácil tratar con sus espabilados hijos. León, un niño dulce, bromista y muy alegre de seis años, y Nani, una niña de nueve algo madura para su corta edad, cariñosa, pero muy suya. Tenían algo en común: su educación y sus buenos modales, que te hacían gracia por su corta edad, pues era como si aquellos pequeños tuvieran veinte años dados sus principios y su comportamiento.

Al llegar Lois y pisar la casa de Helena por primera vez, siente seguridad al verlo todo ordenado y mirar la cara de esos dos que lo observan en silencio, lo saludan dando la mano y con seriedad.

Lois no aguanta esas caras y sonrío.

–¿Que tal, chicos, todo bien?

–Muy bien, Lois, gracias por tu interés –le contesta León, a quien sigue Nani.

–Bueno, Lois, ¿qué intenciones tienes con mi madre? Y, por cierto, ¿qué pasa con Rita?

Lois se pone colorado y, sonriendo, contesta mirándoles a los dos.

–Veo que vais en serio. Amo a vuestra madre y quiero estar y pasar con ella lo que me quede de vida. Me gustaría, con vuestro permiso –recalca él y sigue–, crear un futuro a su lado a su debido tiempo y ser una familia unida entre todos.

Nani lo mira emocionada y le dice:

–Ya tenemos algo en común. Nosotros también amamos a mami, queremos que sea muy feliz y estar todos juntos, pero ¿y Rita?, ¿qué pasa con ella?

Helena interviene e intenta cambiar el tema preguntando si quieren tomar algo, pero León la corta:

–Mami, estamos reunidos. Eso para después. Viene ahora lo interesante, si Lois quiere contestar...

Lois los mira a los dos y sigue:

–Contesto a todo lo que queráis. Rita es una conocida que tuvo unos problemas en Valencia y por mi trabajo la conocí y la ayudé. Le agradezco que me haya presentado a vuestra madre, eso es todo, chicos.

Nani lo mira, se levanta y le da un abrazo.

–Ya podemos tomar algo.

Lois se ríe, les da las gracias por haber pasado el corto test y se alegra de que ya no hayan más preguntas. Todos se van al jardín, Lois se pone a jugar con los niños mientras Helena improvisa una cena para todos, ya que Lois se quiere quedar y pasar más tiempo con ellos.

Llega la hora de la cena y Helena le pide a Patri que les acompañe a la mesa. Se sorprende, pues ve como Patri retira su plato.

–No, no te preocupes. Prefiero estar en la cocina, cenad vosotros.

–Como quieras –le contesta Helena sin entender muy bien esa fría actitud.

La cena se desarrolla con total normalidad, como si no fuera la primera cena de todos juntos.

Lois les entretiene con sus anécdotas y los niños se divierten, luego van todos juntos a dar un paseo y, al volver, León está agotado. Él los acuesta y les lee un cuento, mientras ella lo observa con admiración.

Patri la abraza y le advierte:

–Ve con cuidado, es todo demasiado perfecto.

Helena va al jardín, la coge de la mano y le dice en tono enojado:

–¡Basta, Patri! Ni un puto comentario más, métete en tus asuntos y déjame en paz.

–Pero, Helena, por Dios... ¿de verdad te has creído lo que ha dicho de Rita?, ¿qué te pasa ?

Helena le da la espalda sin contestar y se tumba en el sofá, en eso vuelve Lois y la abraza, ponen una peli y se quedan los dos acurrucados.

Lois la alaba por los hijos que tiene y le agradece que le dé la oportunidad de entrar en su casa, en su vida y en su familia.

Al despertar, ella se da cuenta de que sigue en el sofá, lo busca por el jardín y no lo encuentra hasta que ve en la mesa unas flores de campo y una nota:

«Amor mío, me voy al hotel. Llámame cuando puedas, me duele dejarte. Te amo».

Helena coge el móvil, pero luego piensa que es mejor dejar que descansen. Los nenes van al cole, comen juntos y por la tarde Lois llama, se presenta en su casa y les pide que cenem todos juntos en algún sitio que les apetezca a los niños.

–Es jueves –interrumpe Patricia–. Mañana tienen cole, mejor el viernes, ¿no?

Lois se da cuenta de las tiranteces de Patricia y de la cara que pone su amada. Antes de que ella salte, Lois interviene:

–Bueno, estupendo. Pues mañana los llevo a comer y a cenar. Pasaremos la tarde juntos, ¡arreglado! –dice él cogiendo a León en brazos y abrazando a Nani.

–¡Bien –gritan los nenes– pizza y burger!

–¿Ya habéis elegido? ¡Muy bien! –dice él con una amplia sonrisa–. Bueno, colegas, me voy, mañana nos vemos. –Les da un beso y mirando a Helena dice–:

–Te espero fuera, amor. Patricia, muy buenas noches. Permiso.

Se retira algo molesto por la actitud de Patricia, que ni le devuelve las buenas noches. Helena se despide de los nenes y se va con él.

Ya en el coche Lois no sabe a qué viene esa hostilidad de Patricia hacia él, Helena intenta dar algunas excusas y se disculpa por ello.

Pasan un buen rato juntos y se van al hotel, ella vuelve a sentir esas sensaciones mágicas en su cuerpo, su alma se desplaza a otro universo y sigue sin entender cómo puede temblar tanto en sus brazos. Se pregunta cómo puede ese hom-

bre hacerle el amor con esa mezcla de tanta ternura, pasión, locura, deseo...

Helena intenta separarse de él mientras duerme profundamente, se queda mirando su cuerpo y se viste para irse a su casa. Al darle un beso él despierta, la coge y la vuelve a meter entre las sábanas sin nada de ropa, besando todo su cuerpo. La acaricia suavemente con sus fuertes manos, estimulada, excitada y jadeando de placer, la vuelve a trasladar a otra dimensión.

Al terminar otro viaje, Lois la besa, pues ella cae en un profundo sueño reparador. Él aprovecha el descanso de ella, se ducha y se va a casa a recoger a los niños para llevarlos al colegio y de esa manera, al dejarlos, hablar con Patricia.

Quería saber por qué le tenía esa manía, qué había hecho mal para tal desconfianza.

Patricia cede, pues pensó que era cosa de Helena, y los acompaña. Al dejarlos, Lois la invita a un café, y grande es su sorpresa cuando esta acepta con tanta facilidad.

Se sientan y Lois con toda su seriedad le pregunta sin rodeos:

—¿Qué te pasa conmigo? ¿Qué tienes tú en mi contra? ¡Contesta! —dice elevando un poco el tono de voz.

—No me fío de ti, protejo a los que amo y Helena es la persona más importante de mi vida, al igual que sus hijos, ¡mataría por ella!

Lois ve en los ojos de Patricia cariño y verdad en sus palabras.

—Ya somos dos. No haría daño a Helena jamás y menos a sus hijos. Dame una oportunidad, no me juzgues sin más.

—¿Quién es Rita y por qué habla de ti con esa confianza? ¿Por qué le dice a Helena que no te conoce y que se aleje?

Lois no da crédito, mira a Patri admirado por esas preguntas, se sorprende. Luego respira hondo y le responde.

—Patricia, Rita era una prostituta. Trabajaba para un mafioso ruso al que un compañero de la Guardia Civil quería pillar, ella sirvió de cebo para atraparlo. Luego tuvimos que darle protección a ella y a su hija, la ayudé a cambiar de vida, se enamoró de este tío con quien está y ahora me llama alguna vez para pedirme dinero. La he ayudado cuanto he podido y hace dos meses le dije que no espere de mí ni un duro más.

Patri lo mira y casi lo cree, pero piensa: «¿Por qué tantas explicaciones? ¿Por qué le da dinero? Y, lo que más la intriga..., ¿la deja de ayudar solo porque tiene novio? ¿Estará Lois despedido?». Todo eso se pregunta ella mirándole atentamente mientras él sigue:

—Por eso le dijo aquello a Helena, para meter mierda. ¿Lo tienes ya claro?

—No es asunto mío, solo te pido que no juegues con Helena y menos que Rita le reclame nada a ella, aleja a esa chica de Helena, traerá problemas.

Lois acepta el consejo de Patricia, mientras esta le da las gracias por el café y se va a casa. Él se levanta y se ofrece para llevarla.

—Gracias, Lois, pero me gusta andar. Una cosa... ¿Sabe el novio de Rita, Helena o alguien de aquí el pasado de Rita?

Lois encoge los hombros.

—No lo sé, ni me importa.

—Vale, ¡hasta luego!

—Patri, ¿vienes a comer con nosotros?

–No creo, tengo mucho que hacer. Mañana viene toda la familia para la barbacoa, prefiero adelantar cosas para que Helena no tenga tanto que hacer.

Lois asiente, se despide y se marcha.

Lois llega al hotel, pide algo de desayuno para Helena mientras habla por teléfono, ella lo abraza y le dice:

–Me has dejado sola...

Él la aparta a un lado, camina hacia fuera y le alza la mano para que no vaya a él. Ella se sorprende un poco y espera en la barra de la cafetería del hotel, pasan los minutos y él sigue hablando, como discutiendo con alguien por sus acalorados gestos.

Al entrar la abraza, la besa y la coge en brazos, luego la suelta para que desayune tranquila. Helena le pregunta si todo está bien, él le dice que sí, sin problemas, cosas del trabajo, pero que no quiere que sepan dónde está, pues pidió una baja falsa para poder pasar estos días con ella.

El día pasa muy favorablemente para todos. Los niños están exultantes y, al igual que a su madre, Lois los tiene hechizados. Eran una familia; hicieron un picnic en la playa con comida de burger y luego cenaron pizza. Pasearon por las calles de Cádiz, tomaron helado y terminaron rendidos los cuatro. Tras dejarlos a todos en casa, Lois se va al hotel reventado.

A la mañana siguiente todos se ponen en marcha para preparar la comida. Helena llama a Lois, pero este no atiende la llamada, lo vuelve a intentar a la hora y sigue sin responder. Ya nerviosa, ella se pregunta qué pasa, pues están a punto de llegar sus padres, su hermano y no sabe dónde está. Patricia

la calma y por fin llega Lois cargado de unos regalos para sus hijos y flores para la madre y cuñada de Helena. Le regala a Patricia una flor, Helena respira y le dice que ya estaba algo ansiosa, que no vuelva jamás a no cogerle el móvil. Él la mira, se disculpa y la besa haciéndole cosquillas. En esto suena el portón, ya llegan los familiares, ella saluda a todos y en seguida les presenta a Lois:

–Papi, mami, este es Lois.

Lois en seguida, como buen galán, abraza a su padre y besa a su madre en la mano y le da las flores.

–Encantado de conocerles, tienen ustedes una hija y unos nietos maravillosos.

Al poco tiempo se presenta al hermano de Helena y en seguida se hace con todos, la madre de ella está encantada con la educación de Lois y su comportamiento.

Pasan la tarde todos juntos y hablan de todo lo que no se debe de hablar: política, fútbol, religión...

Helena observaba a Lois junto con su cuñada y entre las dos lo halagaban, para ella era como un sueño hecho realidad. No le veía ningún fallo, como salido de una película de Disney.

Los padres se preparan para irse, la tarde pasó agradable y rápidamente y era hora de despedirse:

–Lois, encantado de conocerte. Cuando quieras y puedas te invitamos a nuestra casa. Eso sí, cuida bien de mi hija y de mis nietos. Veo en tus ojos que de verdad la quieres y eso me calma –le dice el padre– mientras la madre asiente con la cabeza.

Se van contentos, Lois les ha causado muy buena impresión.

–Por fin solos –dice Helena.

–Te amo, me han encantado todos, tu hermano es genial y tu padre muy culto y todo un señor, ¿sabes?, estoy muy feliz de tenerte como pareja.

Se funden en un beso y al separar sus labios le pide que vayan a cenar juntos y a bailar.

–Amor, estoy cansada...

–Vamos, cámbiate, yo me voy al hotel. Me ducho y vuelvo, es mi última noche y quiero bailar contigo.

Helena sonríe y acepta la invitación.

Ya arreglado, Lois la llama diciendo que está fuera esperándola.

Al verla con ese espectacular vestido verde esmeralda ajustado, su pelo rubio largo suelto y esas piernas largas en esos tacones de colores, suspiró profundamente.

–Sin palabras me dejas, amor, solo me sale decir vaya, vaya, vaya...

–¡Para ya! –le dijo, y en tono divertido–: venga, vamos a cenar y a bailar.

Después de una cena tranquila, Lois se da cuenta que todas las miradas están puestas en su querida pareja. Orgulloso, camina a su lado y nota cómo la gente se gira para contemplarla. En esto alguien lo llama, es Rita:

–Hola... ¿ya ni saludas a las viejas amigas? –Rita mira a Helena de arriba abajo, pero sigue hablándole a él–: ¿Qué?... ¿No me dices nada?

–No tengo mucho que decir aquí.

–Estás en Cádiz y no eres capaz de quedar para tomar algo... ¿Tan ocupado te tienen?

Mientras Rita habla con Lois ignorando a Helena, esta se va a saludar a su amiga Ana.

Él aprovecha su ausencia, coge a Rita del brazo y en tono amenazante le dice:

–No me toques los cojones, me conoces bien, aléjate de ella y de mí.

Rita lo mira muy cerca de su boca y al soltarse le susurra:

–Sí, te conozco muy bien, por eso mismo no me ignores más.

Quiero dinero... ya sabes mi cuenta.

Helena se acerca a Lois para presentarle a sus amigos. Mientras, Rita le besa sensualmente la mejilla con una sonrisa pícara dejando a Lois bastante incómodo, acto seguido se gira y en tono burlón delante de todos le dice:

–Por los viejos tiempos, nene –le guiña el ojo y ante la cara de perplejidad de Helena, se marcha.

Ana, al ver la tensa situación, hace una burla graciosa y saca una carcajada a todos. Entre bromas con Lois, se van todos a un bar de karaoke donde él le dedica varias canciones de amor a Helena.

Luego se van todos a bailar, Lois se olvida de todo, pues comentaba a algunos amigos de ella que hacía años que no se divertía tanto.

Le encantaba todo lo que tenía que ver con Helena .

Al salir de la discoteca se despiden todos, y él se asombra, pues ya es de día.

–Vaya... cómo han pasado las horas. ¿Desayunamos en el hotel?

–No me apetece mucho ir al hotel, quiero irme a mi casa.

Lois nota la frialdad de ella.

–¿Estás molesta conmigo por algo?

Helena lo mira directamente a los ojos:

–Lois, ¿tienes algo que contarme? ¿Qué ha pasado? Me has hecho sentir mal delante de mis amigos... ¡Eso no te lo permitiré jamás! –El tono de Helena le molesta bastante a Lois.

–No me hables en ese tono. ¿De qué vas tú también? ¿Crees que tengo algo con esa tía? ¡Venga ya! No tienes ni idea de lo que cuesta venir a verte, ¿verdad? ¿Eso tú no lo valoras?

–Si tanto te cuesta, no vengas más. ¡Por mí, perfecto! Y yo hablo como me da la real gana. –Helena entra en el coche y cierra de un portazo, cosa que molesta a Lois. Sin hablar ninguno, llegan a la casa, ella abre la puerta del coche, le desea buen viaje y añade:

–Pásame la factura, tu número de cuenta y te pagaré por el viaje –le dice ella con chulería.

Lois muy molesto le grita:

–Sal, ¡lárgate de mi coche ya!

Helena, asustada con esa actitud, se va dejando la puerta abierta y caminando entre lágrimas. Sin mirar atrás, escucha cómo arranca Lois su coche y con la música a tope se va.

Helena está rota, celosa y rabiosa. Entristecida, entra en casa, mira a sus hijos y ve que todos están durmiendo. Se sienta fuera en el jardín mirando su móvil y llorando, le entran las ganas de llamar a Rita y preguntar qué ha pasado entre ellos dos. Al fin y al cabo, ella era su novia, su pareja, y quería explicaciones. Camina de un lado al otro sin saber qué hacer ni qué pensar, las dudas le asaltan cada vez más y le suben los porqués de muchas cosas. Lo único que tiene claro

es que no le harán más daño y menos por amor, se negaba a ello. Quería respuestas, se traga su orgullo y llama a Lois, le pide que venga. Quiere, y le exige, hablar cara a cara con él y con Rita.

—¿Qué dices? Yo no tengo nada que hablar, me niego totalmente. Te amo a ti y no voy a dejarte, lucharé por tenerte, pero tienes que confiar en mí... ¿Me estás escuchando? Nena, ¿estás ahí? No llores, amor, te amo, te amo, no hay nadie en mi vida más importante que tú, respiro y vivo para y por ti, mi vida... No llores, nadie más te hará daño, nadie...

Helena no puede hablar, se derrumba en su cabeza y su corazón.

En minutos Lois se presenta ante ella. Al mirarlo, él la abraza y le vuelve a decir:

—Mírame, mírame... Te amo, mi niña, te amo... Deja que te haga feliz, ya bastante es dejarte, no quiero que peleemos. Mírame, amor, confía en mí, soy tuyo y de nadie más, olvida a Rita... ¡Olvídala!

Lois lo consigue, ella se tira a sus brazos, se besan apasionadamente. No tiene fuerzas para pensar, entre lágrimas se prometen no mentir jamás, no más dudas y luchar por ese gran amor.

Lois se queda a su lado toda la mañana y come con ella, la mima, la cuida y siente rabia y odio hacia Rita. Llega el momento de irse, de su regreso a Valencia, los dos se despiden con un agrio sabor por separarse de nuevo y una vez más Lois se disculpa, le pide confianza y que olvide todo lo malo. Afectado, la besa y se va con tristeza y dolor por dejar a su amada. Agotado por no dormir, coge el coche y emprende su viaje siempre con la imagen de Helena clavada en su mente.

Helena, por su parte, está agotada y en nada se queda dormida, encargándole a Patri a sus hijos y su móvil, pues no quería ser molestada por nadie, solo quería olvidar y dormir. Patri le dice:

–Helena, ¿te despierto para cenar?

–No, nena, deja que duerma, solo cuida de mis nenes.

–Estoy aquí para lo que quieras –le dice ella dándole un beso.

–Gracias, Patri... Helena a los pocos minutos se queda dormida profundamente y no se despierta hasta el otro día por la mañana.

Descansada y más animada, sabe que tiene que seguir su lucha: sus hijos, su familia y su trabajo la necesitan. Patricia le comunica que le han llamado Ana, su madre y Lois.

Helena no le da importancia y solo llama a su madre antes de emprender un nuevo día de trabajo.

Pasan las semanas, los meses, entre idas y venidas se define cada vez más la relación entre Lois y los familiares de Helena. Él ya es para todos la pareja ideal para ella, un hombre bueno, trabajador, de buena posición, educado, detallista... Los padres de Helena no podían desear nada mejor que Lois para su hija y para sus nietos.

Se acercaban las Navidades y todos estaban ilusionados, pues Lois, no solo iba a pasarlas con ellos, sino que tenía una gran sorpresa para Helena.

Ella, saturada de trabajo, tenía poco tiempo para dedicar a estas fiestas, que le encantaban. Su pino era natural, enorme, y la casa estaba llena de adornos navideños, vivía la Navidad como una de sus fiestas favoritas.

No solo trabajaba en su negocio, también reunía juguetes, comida, ropa y participaba en muchas obras benéficas, actitud que a Lois le hacía admirar y amar más todavía a su querida novia. Su inteligencia, su feminidad, su bondad y alegría le aportaban todo lo que necesitaba para estar perdidamente enamorado de ella.

El día 24 de diciembre llega él lleno de regalos y compras para ayudar a preparar esa Nochebuena...

–¡Amor! –grita Helena al ver su coche aparcado fuera.

–Hola, mi niña, esto parece una feria –dice él sonriente y sorprendido por tanta decoración.

Los dos se ríen mientras ella eufórica sigue:

–Vente conmigo, vamos a por mis nenes y a ver las calles...
¡Vamos, es Navidad!

–Espera que coja el abrigo y te acompaño. Los dos se van y ella no para de cantar villancicos.

Lois estaba algo aturdido con la gente y las calles de Cádiz, pues era una fiesta continua y la gente se saludaba sin conocerse y se deseaban felices fiestas, unos a otros sin más.

Para él todo era una novedad, nunca había vivido la Navidad con tanta intensidad.

–Esto es una locura, mi niña.

–Es como una gran familia. Estás en Cádiz, alegría y fiesta.

Al llegar la Nochebuena, Lois observa la mesa enorme, la comida abundante y una olla llena de caldo.

–¿Cuánta gente va a venir? –pregunta sorprendido.

Helena se ríe al contestarle:

–No lo sé, a la hora de cenar vendrán mi familia y luego...,
pues pasarán los amigos

–¿Y el caldo?

–Eso es para la madrugada, se da a todos los que vengan.

–Qué pena que no viniera el año pasado, parece divertido.

Ella lo mira y lo besa con ternura:

–Pero este estás aquí, así que disfrutémoslo.

Cae la noche y llegan los familiares y algunos amigos de Helena, cenan cantan y bailan. Las horas van pasando y van viniendo más y más amigos, conocidos y desconocidos.

Todos lo disfrutan y terminan rendidos sobre las cinco de la mañana.

Los regalos se ponen en el árbol para abrirlos cuando despierten los niños.

Nani es la primera en despertar a su madre:

–¡Mami, mami, despierta, ya están los regalos!

–Acabo de acostarme, amor –reclama Helena con voz cansada.– Mami, vamos... ¡Rápido! son las once, vamos, ya vienen los abuelos.

Helena se da una ducha rápida al despertar, todos se juntan en el salón y abren los regalos de todos para todos entre risas.

Lois y el hermano de Helena van encendiendo la barbacoa, pues esperan a muchos colegas y amigos. Lois se da cuenta de que no tiene posibilidad de estar a solas con Helena y eso le agobia, pues se va al día siguiente por trabajo y desea dar una sorpresa a Helena antes de su marcha. Así que solo encuentra una salida: hablar con los padres de ella en privado. Les llama, les pide un momento y les comunica:

–Necesito pedirles su consentimiento para casarme con su hija.

Los padres de ella quedan sorprendidos y a la vez pensativos con la petición. Se miran y se emocionan:

–Lois, bienvenido a esta familia. Para mí jamás serás un yerno, serás un hijo –le dice la madre.

Y el padre dándole un abrazo, añade:

–Lois es mi hija pequeña, te exijo de hombre a hombre que la hagas feliz. Es solo una niña sufrida que juega a ser mujer.

Lois mira las caras de sus futuros suegros, los abraza y les pide que confíen en él; emocionado les promete que jamás le fallará a Helena y menos a sus nietos.

–¡Más te vale! –le dice su suegro entre risas y lágrimas.

Ya casi a punto de comer en un día de sol andaluz donde no dejan de acudir conocidos, aparece Rita con el amigo de Helena, Peres, su novio. Sin percances se saludan y se mezclan con los invitados conocidos por ellos. En esos momentos el padre de Helena se levanta y alzando una copa desea feliz día a todos. Acto seguido le da la palabra a Lois.

Lois, colorado, lo mira con sorpresa pensando: ¿ahora? ¿aquí?

Ante la firmeza del padre, se levanta delante de todos, se arrodilla y en absoluto silencio mira a Helena y le dice:

–Mi niña, te amo, quiero reír a tu lado cada día de mi vida. ¡Cásate conmigo!

Lois le enseña un precioso y brillante anillo de compromiso. La cara de Helena es de ilusión total. Está pensando: «¿En serio este hombre quiere que me case con él?» Lo mira emocionada y grita:

–¡¡¡Sí, sí, sí quiero, amor!!!

Él una vez más le levanta la cabeza, la besa y la abraza poniéndole el anillo en su fino dedo.

Todos aplauden y felicitan a la pareja, menos Rita, que se oye cómo rompe un vaso con rabia.

Helena no le hace ni caso, es su momento y está pletórica, Santa le había traído su regalo, por fin amaba a un hombre digno de su amor. Al caer la tarde el alcohol empieza a hacer estragos, menos mal que los padres de Helena ya se habían retirado a descansar.

Mientras Helena, su hermano y su cuñada conversan, se percatan del escándalo montado por Ana y Rita, pues esta no deja de hablar de Lois. Nadie le da mucha importancia hasta que Rita incita a Peres para que se pelee con Lois por ella, contándole a su novio que Lois la deseaba, que la miraba y le sacaba la lengua. Ya algo bebido, Peres se va directo a Lois y le llama en tono amenazante:

—¡Eeee! Tú, valenciano, ven para acá. ¿A ti qué te pasa con mi novia?

Lois lo mira con desprecio, lo coge discretamente y, señalando sutilmente a Helena, le dice:

—¿Ves a esta mujer? Mírala bien. ¿Crees que estoy atento a lo que le pasa a la puta de tu novia? ¡Vete ya! Largaos de aquí y ni me mires, ni me contestes.

Lois lo suelta y con una falsa sonrisa le da unas palmadas en la espalda y se retira. A los pocos minutos Peres y Rita se despiden; aunque Rita se marcha cabreada y muy molesta le dice a Helena:

—Cariño, mañana te llamo y quedamos. Tenemos que hablar.

Helena se despide de Peres sin contestar a Rita y estos se van refunfuñando...

–Uf... ¡Por fin! –grita Ana–. Qué tía más pesada. Lois, esta está enamorada de ti, tío, que obsesión.

Lois se ríe con Ana, comentan algunos detalles del tema y siguen todos disfrutando de los últimos minutos de fiesta, ya que entre el cansancio y la falta de sueño, se van yendo unos tras otros.

Los últimos en abandonar la casa son el hermano y la cuñada de Helena. Antes de irse su hermano no podría dejar de advertir a Lois que cuidara bien a Helena.

–¡Eh, cuñado! Ahora ya eres casi de la familia, me caes muy bien. Mientras mi hermana sea feliz, te querré. –Lo abraza y le planta dos besos.

Lois se ríe, pues su cuñado es un tío muy peculiar y divertido.

Al día siguiente Lois ya se había marchado, pero pronto ella partiría para estar con él ya para siempre. Los días de fiestas y comilonas terminan y llega el nuevo año para ellos, en el que empezarían a buscar casa en un pueblo de Valencia y hacer realidad todos su mejores sueños.

Van pasando rápido las semanas, Helena traspasa su local, renuncia a sus tareas y deja de aceptar nuevos eventos. Muchos de sus amigos y conocidos no apoyan la decisión de tener que ir ella a Valencia, se preguntan por qué no se muda él a Cádiz.

Pero ella está enamorada y no escucha a nadie, en su mente solo existen las peticiones de Lois y cede en todo. Al poco tiempo, ya tienen una cuenta común donde se ingresa todo el dinero de ella.

La despedida ha sido impactante y triste, pues todo quedaba atrás, lo que más dolor le producía era alejarse de sus

padres, su hermano, sus sobrinos y su cuñada, que para ella era como una hermana.

Sus padres la animan a ser feliz y si así no fuera, ellos irían a rescatarla hasta el fin del mundo.

–Si él pudo estar casi tres años en carretera para verte, nosotros también –la animaba su querida madre.

Todo está ya en el coche; su mejor amigo, Toni, la llevaría a ella, a sus hijos y a Patricia a ese pueblo, Denia, donde empezaría una nueva vida con su amado Lois.

Son las tres de la madrugada y, ya con el coche en marcha, empieza el viaje a un nuevo destino. Entre tristeza e ilusión Helena mira cómo quedan atrás su pasado y su gente.

Eran las diez de la mañana y el viaje se estaba haciendo interminable, hasta que por fin aparece un cartel que indica: «Denia, 5 km».

–¡Mira, mami! –le gritó Nani entusiasmada.

Helena sonrío a sus niños y al mismo tiempo le entra el nerviosismo y la duda de si lo que estaba haciendo era lo correcto. En ese momento coge fuerte las manos a sus dos hijos, los mira y respira hondo, siente que no está sola... ahí está su vida.

–¡Bueno, ya estamos aquí, mirad qué bonito es esto! –les decía Toni, que ya había vivido ahí un año.

Los niños, con interés, miran por la ventana y les agrada lo que ven, mientras Helena habla con Lois y sigue sus instrucciones para llegar a él, con la ayuda de Toni.

Ahí estaba ya el coche de Lois.

Lois abraza a los niños y luego besa a Helena emocionado, pues ya era para siempre.

–Descarguemos –dice Toni–, interrumpiendo ese romántico momento.

–¡Sí, claro!, ¡vamos, tío!, Y gracias por traerlos hasta aquí.

–Lo he hecho por Helena y por los nenes, son muchas horas para viajar en autobús.

Lois le da la llave a Helena para que vea la casa, una estupenda vivienda de cuatro dormitorios distribuidos en dos plantas, la de abajo con tres habitaciones, un baño, salón, cocina y una terraza estupenda para reuniones familiares, la parte de arriba era un espacio abierto con una habitación, un salón, un baño y una terraza enorme con vistas directas al mar. A Helena la enamoró la casa con el bonito jardín que tenía un césped muy verde y bien cuidado. Los niños estaban locos de alegría, fascinados con sus habitaciones, el gran jardín y la playa...

–Lois, eres el mejor, me gusta todo, todo –le decía el pequeño abrazándolo.

–¿Y a ti te gusta, niña?

–Me encanta, amor, es preciosa.

–La parte de arriba es para ti, niña, para que tengas tu espacio –Helena lo mira y se ríe dándole las gracias.

–Está muy chula la casa, pero vamos a comprar, ¿no?... Aquí no hay nada –reclama Toni con impaciencia.

–¿Vamos nosotros, Toni, y dejamos a las chicas aquí?

–Sí, me parece perfecto –le contesta a Patricia.

–¿Puedo ir yo? También soy un chico, ¿no?

Lois coge al pequeño y se lo lleva, mientras Nani le da una lista a Toni de lo que quiere que le traiga del súper.

Helena y Nani se van a la playa, ya que Patricia casi las echa, para preparar las habitaciones y la ropa de los niños.

Al llegar la noche, después de una buena ducha, una sabrosa cena y ante la ausencia de Lois aparece el cansancio y todos menos Toni y Patricia se marchan a la cama.

–Patri, ¿tu te fías del tío ese?

–Antes, no mucho, pero ahora sí me fío más.

–¿Y por qué se ha ido tan rápido? Es su primer día aquí. Debería quedarse con ella esta noche, ¿no crees?

–Toni, Helena jamás vivirá con él sin estar casada, ya sabes cómo es por respeto a los nenes, no permitiría que él se quedara tan rápido aquí, tiempo al tiempo.

Patricia se va a acostar dejando a Toni pensativo.

Hay cosas que a Toni no le parecen normales y se preocupa por su adorada Helena, a la que ha ayudado desde su trágico y violento divorcio, vio a su hijo pequeño nacer, y la ha cuidado y protegido de todo y de todos.

Pasan los días y por su trabajo Lois solo tiene contacto con Helena por teléfono y algún que otro mensaje.

Helena, con la ayuda de Toni, se ubica en ese nuevo pueblo, matricula a los niños en el colegio, resuelve el tema del transporte escolar y el comedor... Como cualquier buena madre, intenta ante todo que el bienestar de sus hijos esté por encima de todas sus inquietudes.

Tras arreglar papeles en compañía de ella, Toni le pide permiso para llevar a los niños al día siguiente a Terra Mítica y comer con ellos, ya que en breve va a volver a Cádiz.

–Ten cuidado con ellos –le contesta ella.

–¿Por qué no vienes?

–No, Toni, terminaré de poner todo en orden y compraré cosas que faltan.

—Cuando volvamos te invitaré a cenar, quiero que conozcas un sitio genial.

—¡Hecho! —le contesta ella, aceptando con alegría su invitación.

Los niños están pletóricos con su visita y vuelven agotados. Al ducharlos no paran de hablar de todo lo que han hecho y comido. Mientras Patricia les prepara la cena, Helena se arregla para cenar con Toni.

Al irse a cenar, Helena olvida su móvil, pero no se inquieta, pues está Toni por si pasara algo y pasa una noche divertida de cena y música en vivo. Toni le presenta algunos amigos y amigas y les pide que la cuiden por si ella necesitara algo. Ya casi llegando a casa este le dice:

—Nena, prométeme que si no eres feliz aquí, me llamas y te recojo... ¿Vale?

—Te lo prometo, pero no pienses mal, él tiene mucho trabajo, sabía que esto no sería fácil, estoy bien.

—¿Tomamos otra copa y vamos a esta disco?

Helena se ríe y acepta encantada.

Se estaba divirtiendo mucho y había conocido a gente muy maja, bailaban, reían, Toni le hacía muchas bromas y seguía presentándole mucha gente para que ella no se sintiera sola tras su partida.

Al día siguiente, la resaca se hacía notar, pero Helena, sin perder el buen humor, seguía con su risa contagiosa y su alegría. Solo le entraba la melancolía cuando escuchaba la voz de sus padres, sus palabras alimentaban su fortaleza y poco después ya estaba arriba sintiendo la desagradable ausencia de Lois.

Llega el momento de despedir a su gran amigo Toni. Este, por su parte, no está tranquilo, pues no le termina de cuadrar Lois y menos esa actitud.

–Bueno, nena, me voy. Ya sabes que siempre estaré a tu lado a cualquier hora. Cuídate y no aguantes mierdas de nadie –le insiste Toni seriamente.

–Vete tranquilo, estaré bien y, amigo mío, gracias por todo lo que haces por mí.

Helena lo abraza y él le responde con un abrazo muy fuerte, los niños se despiden algo nostálgicos, pero pronto se ríen con las bromas de su madre.

Los días que siguen a la partida de Toni, Lois se vuelve loco intentando compensar a todos por su ausencia. Les compra unas bicis a los niños y se compromete más en la relación, actitud que Helena esperaba tras haberlo dejado todo para estar a su lado.

Una tarde de sábado, Lois avisa a Helena de que sus padres quieren por fin conocerla; ella acepta, pues telefónicamente ya habían hablado.

Al día siguiente preparan una merienda y esperando a sus futuros suegros se pone algo nerviosa sin motivo alguno, pues la tarde fue perfecta, los padres de él eran agradables, complacientes y sencillos.

La madre, alababa a Helena por su educación y belleza.

–Mi hijo ha tenido buen gusto, eres muy guapa, entiendo que esté tan enamorado de ti, hija mía –argumenta el padre de Lois mientras su madre afirma con la cabeza.

–Gracias, muy amables –responde ella colorada por el piropo.

–Bueno, Helena, mi hijo se retrasa y nos tenemos que ir, espero verte más a menudo y que vengáis a casa. Hago unas paellas deliciosas.

–Gracias, señora, iremos encantados.

Mientras los padres de él se despiden, Helena los acompaña al coche y acto seguido llama furiosa a Lois, pues no entiende por qué la dejó sola con sus padres.

–¿Pero de que vas tú? Si no ibas a venir, ¿por qué los invitas a mi casa? No tengo por qué conocer a nadie de tu familia yo sola, ¡estoy harta! –le dice gritando y le cuelga el teléfono.

Sube las escaleras, se tira sobre su cama y llora desconsoladamente. Patricia la escucha y sale con los niños para que estos no se percaten del llanto de su madre. Cogen las bicis y se van a dar una vuelta de una hora. Al volver está el coche de Lois aparcado, se escucha cómo discuten, Patricia prepara el baño para los pequeños y sigue prestándoles atención para que no suban, ni vean a su madre tan disgustada.

–Pensé que sería mejor para todos si yo no estaba.

–¿Para todos, Lois, o para ti? ¿Cómo se te ocurre pensar eso? ¡Eres patético! –le grita Helena alterada y molesta.

–¿Dónde estabas?, dime, ¿dónde?

–Amor, estaba arreglando unas cosas.

–¿Qué cosas?, dime, ¿qué cosas más importantes que yo?

–Mi padre tiene una amante y fui a hablar con ella para saber de qué iba todo esto. No podía venir aquí y verlos sin reprochar nada a mi padre, me duele el daño que le está haciendo a mi madre y no quería decirte nada para que no pensarás mal de mí. Perdona, niña.

Helena lo mira helada, respira hondo y lo abraza.

–Lo siento, amor, eso tiene que ser muy duro, pobre tu madre.

Lois la mira a los ojos y le replica:

–¿Pobre mi madre? ¿Con qué cara miro yo a mi padre después de esto? ¡Pobre de mí, niña! No sé cómo actuar, necesito tu apoyo, Helena, estoy fatal. Mi familia se desmorona y no sé qué hacer, odio la mentira y el engaño; no aguanto esto, tengo que irme, entiéndelo, necesito pensar en cómo solucionar la situación, ¿me ayudarás?

–Claro, amor, solo quiero que confíes en mí, estaré a tu lado.

Helena lo mira y se besan una y otra vez, él la abraza y le da las gracias por su paciencia y apoyo.

Cuando terminan de cenar y acostar a los niños, Helena no puede aguantar y le cuenta a Patricia lo sucedido. Las dos cambian opiniones y se apenan por Lois.

Helena se siente mal por él y más por haberle gritado de esa forma con todo lo que él esta pasando.

Antes de dormir, ella le manda un mensaje lleno de amor y ternura y, sin obtener respuesta, se queda dormida.

Una semana después, entre los problemas y el trabajo de él, se ven poco. Helena, con los niños ya escolarizados y ubicados después de dos meses allí, empieza a plantearse trabajar en algo que le llene el tiempo libre. Decide llamar a su prima para que vaya a visitarla y la ayude a montar una empresa de eventos. Dina, su prima, acepta, pues hasta enero no tiene plan.

Le pide a Helena dos semanas para arreglar cosas en Londres y buscar billete para Valencia.

Lois llama a Helena después de algunos días de silencio y le pide que guarde en una mochila algo de ropa informal y que salga a esperarlo a la puerta de casa. Helena se sorprende, pero una vez más acepta sin rechistar.

–Patri, me voy con Lois, no sé dónde. Porfa, mira por los neños y llámame si pasa algo, no creo que vayamos muy lejos.

–Helena, vete tranquila, os hace falta estar solos, lejos de todo esto. Nosotros estaremos bien, diviértete.

Helena le da un beso a Patri, pero no se va con muchas ganas.

Al salir del portón vio a Lois, guapísimo y con una gran sonrisa, lo que provocó en ella ese cosquilleo abdominal...

–¿Dónde me llevas, loco?

–Al paraíso, solo son dos noches, pero valdrá la pena, te deseo y quiero estar a solas contigo, niña, te amo tanto, me vuelves loco.

Lois abre la puerta del coche, la invita a entrar y con su todoterreno la lleva a una hora de su casa. El sitio era paradisíaco, una suite con jacuzzi, chimenea y con vistas a una cala de aguas termales. Sin duda era un paraíso. Esas dos noches envueltas de sexo, lujuria, vicio, erotismo, pasión y desenfreno.

Helena se daba cuenta de que no era solo el amor de Lois lo que la alimentaba, también el sexo era excitante sin duda. Jamás nadie le había hecho sentir tanto placer, estar con él era anestesiante y cada vez alucinaba más con sus juegos fogosos llenos de sensual magia.

Después de tanto gozo y locura donde una vez más el amor se reafirmaba entre ellos, vuelven a casa para compartir algunas horas con los niños.

Lois prepara una rica cena y se aleja, pues el deber de su exigente trabajo lo reclama y tiene que presentarse en Madrid el domingo temprano. Se despiden tiernamente, mientras ella, cansada, se acuesta con sus hijos; tras poner una peli de Disney se queda dormida.

Las semanas siguientes Lois y Helena son la pareja ideal, unidos siempre. Gozan de una relación envidiable, la conexión entre ellos es de enamorados compenetrados, como una familia, los hijos de ella lo respetan y lo quieren como a un padre. Con la llegada de Dina, Lois se siente algo raro, ya que tiene que compartir la atención de Helena con más gente y eso a él no le agrada. Quiere a Helena, su niña, solo para él. Cuando Helena le habla de volver a trabajar Lois se inquieta mucho, le asaltan los celos y la desconfianza:

—¿Para qué vas a trabajar? No te falta de nada, tu dinero está intacto, niña, entre mis locos horarios y si tú trabajas, no estaremos mucho juntos.

—Amor, quiero trabajar, hacer algo. No puedo estar así, no es por dinero, pero me gusta crear, no pensé que eso te molestaría.

Lois no acepta la decisión de Helena, pero la complace, intentando evitar problemas.

Entre las dos intentan montar su negocio de eventos. Dina alquila un coche por un mes para poder moverse por los alrededores entregando publicidad a todo tipo de bares, hoteles, discotecas, tiendas de boda, etc. Un local de moda de la zona quiere un evento y que Dina organice una despedida de soltera. Ella, encantada, acepta y va con Helena a la reunión a llevar un presupuesto.

El dueño del local, un señor robusto del este, les pide ir a la mañana siguiente para estudiar precio y organización del evento. Dado que Lois tenía parte del día libre, Helena deja que Dina vaya en compañía de Patricia, mientras ella disfruta de una escapada con Lois a un restaurante de los alrededores. La pareja disfruta de una buena comida, un paseo por la playa lleno de muestras de cariño y ternura. Cuando él la deja en casa, Helena se sorprende al no ver el coche de Dina:

—¿Qué pasa, Patri? ¿Y mi prima...? ¿No has ido con ella?

—Sí, se ha duchado y se fue con el coche, estaba muy molesta y ha llorado.

—¿Pero qué ha pasado?

—Ese hombre del bar es un cerdo asqueroso, se frotó sus genitales con su pierna y fue un guarro, yo quería entrar y decirle unas cuantas cosas, pero ella estaba atacada y salió del local temblando...

Helena se enfada mucho, pues entiende que su prima ya había pasado por una situación bastante desagradable en el pasado y eso no le iba a ayudar a superar sus miedos. Al rato llega Dina y Helena se vuelca con ella, le dice que no vuelva más a ese local y añade:

—Somos mujeres, por eso siempre pasan estas mierdas, ¡qué asco! Ese tío está casado, es un puto guarro...

Aun así, Dina no acepta la situación e intenta obtener pruebas para poder denunciar a ese hombre. A las espaldas de su prima, Dina y Patricia traman un plan para grabarle *in fraganti* durante la cerdada.

Cuando llega la noche, el padre de Helena le llama dándole una agradable sorpresa, su madre está de camino con una

amiga para visitarle y le recuerda que la recoja en la parada del autobús. Helena se pone eufórica, pues ya llevaba casi tres meses sin ver a su madre. De inmediato llama a Lois:

–Dime, niña, te iba a llamar ahora para darte las buenas noches.

–¡Amor, estoy superfeliz! Mi madre está de camino... Va a venir a vernos y a pasar unos días. Mañana iré con Dina a recogerla.

–¡Qué sorpresa! Me alegro por ti, amor, así estarás más arropada, le va a encantar la casa y el sitio, ya verás.

Los dos hacen planes y Lois le comunica que intentará modificar su horario para poder atender a su futura suegra como se merece.

Al llegar, su madre se queda encantada de ver cómo están Helena y sus amados nietos. No pierde el tiempo en ocuparse de la cocina y de hacer esos platos que a su hija tanto le gustan de ella. Sus nietos están encantados de ver a su abuela y pasan unos días fabulosos con ella.

Pasados algunos días, Dina decide volver a ese local llevando el móvil de Helena y, sin que ese hombre se diera cuenta, Patricia lo graba. En la grabación se aprecia perfectamente cómo saca su pene y, cubierto únicamente con un delantal, lo frota contra la pierna de Dina mientras distrae su atención comentando el presupuesto.

Al ver el vídeo, Helena se pone furiosa, lo llama desde su móvil y con el apoyo de su prometido, dado el cargo que tenía, toma medidas amenazándolo con enseñar ese vídeo a su mujer y colgarlo en las redes sociales para que todos sepan lo guarro y puerco que es.

Le hace prometer que no vuelva jamás a llamar a su empresa y menos a ponerse en contacto con su prima, le cuelga con firmeza.

—¡Ya está, chicas! Le dije todo lo que tenía que decirle, pero necesitamos los documentos y el presupuesto que se han dejado en ese mugroso local, no debemos dejar nada ahí.

—Yo iré mañana y los recojo.

—No, Patri, si hay que ir, iré yo con Lois, a mi madre ni una palabra de esto, no quiero que se preocupe.

La madre de Helena le pide a Dina que la lleve de compras una mañana, quiere comprarle a Helena regalos de Navidad, un pino y comida, dado que esas Navidades las pasarán fuera, en Suecia, con su hermano y hermanas, tíos de Helena. Mientras, Helena organiza un par de eventos para Navidades en algunos locales.

Patricia, sin decir nada a nadie, decide ir al local a recoger los documentos, y llama al puerco para avisarle de su visita. El espanto está a punto de suceder, Helena busca a Patricia y no la encuentra, la llama pero esta no coge el móvil. Ya desesperada, llama a Dina y le pide que no tarde, que tiene un mal presentimiento. En un último intento de llamar a Patricia, esta contesta, pero Helena oye que alguien le cuelga y reconoce la voz de ese hombre. Su corazón se dispara y se apoderan de ella los nervios. Lo deja todo y espera a Dina abajo de casa. Cuando esta llega, le da una disculpa a su madre y a la amiga de su madre y se va con Dina, andando hacia el local intentando encontrar a Patri.

A la hora de buscarla, Helena se percata de que hay un coche de la Guardia Civil y uno de los guardias se acerca a

Dina, le pide la documentación y, sin más, le pide que les acompañe. Helena no podía dar crédito, se acerca rápidamente y les pregunta:

—¿Pero qué pasa, qué haces?

El guardia la mira y le pregunta con tono chulesco:

—¿Tú eres Helena? —Helena asiente.

—Pues tienes que acompañarnos también.

Después de casi treinta minutos en coche llegan al cuartel, donde les comunican que ahí están Patricia y Dina detenidas por extorsión. Helena intenta salvar a sus amigas y les cuenta todo lo sucedido, uno de los guardias no quiere escucharla y, gritándole, le dice que se calle, ella pierde los papeles y le pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Ese es familiar tuyo?

El guardia se pone colorado y se marcha dando orden de que las lleven al calabozo.

Helena, gritando, dice que si las demás están detenidas, ella también, ya que fue ella la que amenazó a ese hijo de puta.

Le dicen que puede quedarse, pero tiene que hacer una llamada, ella, tranquila, les contesta que en su caso quiere hacer dos y ellos aceptan.

Helena, segura de sí misma, llama a Lois y le cuenta lo ocurrido, este le dice que en nada estará ahí. Acto seguido, llama a su madre y le dice que ha surgido un trabajo y hasta mañana no irá, que recoja a sus hijos y que esté tranquila, pues todo está muy bien.

Ya metidas las tres en un oscuro y apestoso calabozo, con un pequeño murete de piedra para tumbarse y un ventanuco con rejas, observando cómo Patricia y Dina se derrumban, Helena empieza a contar chistes y anécdotas para que el tiem-

po no se detuviera. Al rato llega Lois y lo llevan ante Helena, la cara de él era de auténtico pánico. Mira ese sitio e intenta acabar y largarse lo más pronto posible. Helena, con lágrimas en los ojos, le pide que las saque de ahí, que utilice sus contactos. Mientras, él la mira y le dice:

–Sí, sí, tranquila, primero iré a ver a tu madre y me ocuparé de los niños. Luego haré un par de llamadas, buscaré un buen abogado, ahora vuelvo, tranquila.

Lois se fue del repelente lugar rápidamente y muy agobiado, dejándolas a las tres bastante descolocadas.

Apareció, sí..., una abogada de oficio sin ningún interés por sacarlas de ahí. Desesperada, Helena pide a los guardias que, al menos, dejen la puerta abierta para aliviar el pestazo y más tarde, al negarse a comer un bocadillo duro, uno de los guardias les ofrece una pizza y las invita a algunos cigarros. Al saber que Helena viene de Andalucía, de Cádiz (el guardia era de Tarifa), las ayuda a que la estancia en el mugriento lugar fuera algo más llevadera, más aún al conocer cómo se produjo la detención, de quién se trataba y su versión.

Al día siguiente se presentan ante el juez. Este no da crédito al vídeo ni está de acuerdo con la detención. Les pregunta a las chicas si desean denunciar a quienes las detuvieron pues él sí va a interponer una denuncia contra tal abuso, pero ellas, agotadas, le dicen que solo desean irse a casa, que han sido veinte horas muy duras.

Después de soltarlas, las tres se abrazan, le dan las gracias a su amigo el gaditano, que les desea todo lo mejor y no deja de darles algunos consejos, pues insiste en que esto no es Andalucía.

Helena se sorprende, Lois no está, no ha aparecido ni sabe nada de él. Sin dinero y con una lluvia densa, cogen un taxi para regresar a casa. Al llegar, Helena le pide a su madre que pague el taxi. Las chicas aún no dan crédito a lo que les ha sucedido. Después de un reconfortante baño caliente y de la deliciosa comida de su madre, Helena le cuenta lo sucedido. Su madre quiere saber el nombre del que ha detenido a las chicas y hablar con su padre para poner una denuncia, pero Helena se niega, solo quiere olvidar y pedir disculpas por su mentira, abrazar a sus pequeños y sentir el calor del amor de su amada madre.

Llegada la noche recibe una llamada de Lois:

–¿Dónde estás? –le pregunta él alterado.

–En casa... ¿Y tú? ¿Te has perdido?

–No me digas eso, niña. He estado desde tu detención en Alicante intentando sacarte, me han dado por todos lados, tú sabes mi trabajo y casi me despiden por pegar a un sargento de la guardia civil.

–¿Pero qué me dices?... Mira, estoy agotada. Pasado mañana se va mi madre y no quiero saber más nada de esto.

–Niña, no me crees y eso me molesta, verte ahí me hizo darme cuenta de cuánto te amo.

–Por eso me dejaste sola... Dejémoslo, mañana hablamos.

–Helena, tengo los papeles aquí, no te miento... Si quieres ahora mismo voy, me han detenido por ti y no me crees...

–Lois, mañana hablamos. No me siento bien. Un beso y gracias por tu atención.

Helena le cuenta a Dina lo que le acaba de contar Lois y su prima, sin más, lo cree totalmente. Helena mira el móvil y

le entran ganas de mandarle un mensaje, pero el agotamiento es enorme y no le apetece volver al tema.

La madre de Helena prepara una gran comida de despedida para animar a su hija, todavía abrumada con lo sucedido. Lois acude a la comida y nota tristeza y decepción en ella cuando lo mira, pero él, tan estupendo con su futura suegra, educado y halagador como siempre.

Pasada la tarde, con Lois ya en su coche para llevar a Helena, a su madre y a la amiga al autobús de vuelta a Cádiz, la madre de ella les pregunta:

–Hijos, ¿para cuándo queréis la boda?

Helena se calla, pero él responde rápidamente:

–Por mí, hoy mismo, solo estoy esperando órdenes de mi niña.

La madre se ríe.

–¡Ay, mi hija! Qué poco le gusta una boda. Olvida el pasado, hija, Lois es un buen chico, te hará feliz.

–Gracias, suegra guapa, tú sí que sabes –le contesta el con ánimos.

Helena no habla, está triste, se va su madre y con lo pasado no se siente tan segura en Denia.

Al despedirse de su madre, le rompe el alma ver cómo ese autobús desaparece en la oscuridad de la noche. Lois intenta abrazarla, pero ella lo rechaza, solo quiere volver a casa y dormir.

–Mañana hablamos, no me hables ni me llames, solo llévame a casa y vete.

Lois, molesto con ella, la deja en casa y sin decir palabra se va.

—¿Cómo estás?

—Estoy algo triste, Patricia, no sé ni lo que hago aquí, lo he dejado todo por él y no veo que haya valido la pena.

—Perp prima, ¿y si todo lo que él te ha dicho es verdad? Piensa un poco, ¿para qué te iba a mentir?

—No quiero pensar ni que me dé explicaciones, solo olvidar. Ahora mismo, de verdad, no sé ni lo que siento por él...

—Estás agotada, tómate una tila y a dormir, mañana lo verás de otra manera...

—Gracias, Patri. ¿Vamos a dormir, Dina?

—Vamos...

Las chicas se van. Mientras, Patricia coge el móvil y llama a Lois, no le gusta ver a Helena tan angustiada. Al contarle cómo se siente ella, este decide pasar por la casa y hablar con Patricia para que le ayude a convencer a Helena de que no ha mentido en nada. Esta accede y acepta ayudarlo para que Helena lo escuche, antes de que se enfríe más la relación.

Al día siguiente, las chicas se van con la intención de dejar a Helena sola para que Lois pueda hablar con ella, cosa que él agradece.

—Niña —dice él entrando.

—¿Qué haces aquí? Tè he pedido tiempo...

—No quiero saber de tiempos, estoy ya cansado de tu actitud. Si quieres que te deje, por lo menos escúchame.

Helena baja las escaleras con firmeza.

—Aquí estoy. Dime qué quieres. ¡Venga, habla!

Lois la mira y una vez más se queda pasmado con su belleza.

—¡Habla! —insiste ella.

—Quiero que me digas por qué estás molesta conmigo;

te amo, niña, y estoy dolido por tu falta de interés, es lo que me pasa.

–¡Para! No juegues conmigo. No, no eres tú la víctima.

–No quiero serlo, Helena, solo que escuches, che. Te digo lo que me pasa. Abandona ya esa actitud, todos hemos padecido y si ha pasado eso, nena, no es mi culpa, yo no te obligué traer a tu prima.

–¿En serio me dices eso?

–Perdona, pero es la verdad, niña. Si no hubiera venido, nada de esto estaría pasando.

–¡Lois, vete! –grita ella–. ¡Vete! ¡Largo!

–No me voy, me tienes que oír, ¡sí o sí! Esta también es mi casa, recuerda... No me iré y tú tampoco, somos novios y estamos prometidos. Te amo, pero no tengo que salvar a toda esta mierda de gente, que si Toni, ahora Dina. ¡Estoy harto de tanta gente en mi casa!

Helena no da crédito y cada vez más enfadada le contesta:

–¿Sabes qué?... La culpa es mía por estar contigo y haber venido aquí. Eres patético.

Lois la coge fuerte y la besa sin que ella quiera, en ese momento suena el móvil de él y la suelta rápidamente.

–Voy para allá ahora mismo.

–¿Qué pasa? –le pregunta ella, viendo el cambio de expresión de su cara y las lágrimas en sus ojos.

–Me tengo que ir, luego te cuento.

Él sale rápidamente, mientras ella se queda mirándole sin entender nada.

Al llegar Dina, Helena le cuenta lo sucedido asombrada por la salida tan extraña de Lois.

—¡Llámallo! —dice Dina preocupada.

—¿Para qué, prima? Ya lo intenté y está apagado, algo raro ha pasado... Si hubieras visto su cara, estaba asustado.

—No te preocupes, ya te llamará él. Por lo demás, ni caso. Helena, está celoso, eso es todo, es más, pasaré aquí las navidades y luego tengo que volver; sabes cuánto te quiero, y volveré siempre que me necesites, pero sé feliz con él, cielo, te lo mereces más que nadie en este mundo.

Helena, conmovida, le da un abrazo tierno y se quedan calladas mirando el mar y tomando una copa de vino.

Pasan los días, Lois está ausente y le dice que no pasará la Nochebuena ni la Nochevieja con ella, está trabajando y no está el ambiente con su familia para celebrar nada.

—¿Cuándo nos vemos? —le pregunta Helena.

—Niña, ahora no puedo contarte nada, solo confía en mí.

—Siempre me dices eso y luego no sé nada, ¿confías tú en mí?

—Claro que sí, solo que no quiero meterte en estos líos de familia.

—Lois, me cansa tanta incógnita... ¿Qué pasa?

—Niña, mi hermana ha intentado suicidarse, mi cuñado la quiere dejar y ella no quiere aceptarlo, mi padre pasa de todo, solo se preocupa por su amante y todos acuden a mí, entre todo eso, el trabajo y tú mal conmigo, no tengo ganas de nada, por eso no he pedido ni un día libre.

—Lo siento, lo siento... No sé qué me pasa. Es verdad, todo lo pago contigo, supongo que será la falta de mi gente. Perdona, amor. ¡Lo siento!

—Gracias por admitirlo. Claro que te perdono, porque te amo, y aguantaré todo por ti, mi niña.

–Te amo, Lois, y ámate, amor. Llamaré a tu madre para hablar con ella.

–No, no sabe que tú lo sabes, no quieren que nadie se entere, sabes que son de pueblo y viven de apariencias. Tranquila, mi niña, yo puedo con todo si tú me apoyas. Te dejo, amor, luego te llamo, mi vida, te amo... chau... chau..–. Lois cuelga sin que Helena se pudiera despedir.

La Navidad llega y los niños lo pasan bien con las chicas, ya que para fin de año viene Toni, Ana y algunos conocidos más para estar con Helena.

Las fiestas pasan de forma divertida aunque se nota la ausencia de Lois.

Toni, una vez más, no entiende la actitud del prometido de su protegida, pero lo da todo para que la estancia sea lo más agradable posible.

Con el comienzo de año, Helena disfruta de su éxito organizando eventos y de esa forma, al no verse tan a menudo, la pasión y el amor vuelve a unirlos más que nunca. Luchando juntos por su boda y más enamorados que antes, pasan los meses y llega el verano.

Lois le regala a ella unas vacaciones con su familia en Cádiz, pero él la lleva y al mes la recoge, pasando solo unos pocos días con todos los miembros de la familia de ella. Todos se percatan del gran amor que se tienen y cómo se miran el uno al otro, sus muestras de cariño y ternura se notan, eso a los familiares les da mucha tranquilidad, pues saben que Helena es feliz. Lo que más satisface al padre de ella es comprobar la excelente relación de Lois con sus nietos y sentir que su hija tiene una familia aparte de ellos.

Cuando llega la hora de la amarga despedida, se hace más fácil para sus padres, pues confían en Lois y saben que jamás fallará a su pequeña. Lo ven como un hombre respetuoso, trabajador y protector: todo lo que desean para ella él lo tiene.

Ya en Denia vuelven a sus rutinas diarias, el comienzo del colegio de los niños y esas escapadas tan románticas y pasionales cada vez más habituales entre ellos. Lo único que ella no lleva bien son los domingos, pues por el horario y el trabajo de su prometido, nunca se pueden ver. Así que Helena pasa los domingos atendiendo y dedicando todo su tiempo a sus hijos.

—Odio los domingos, vas a la calle y ves a todas las parejas juntas paseando con sus hijos, creo que me miran raro, como compadeciéndose de mí.

—No me hagas reír —le contesta Patricia—. Qué más te da, lo mismo piensan que somos una pareja de lesbianas...

Helena se ríe.

—De eso sí que no tenemos nada. Me voy a la cama.

—¿Te ha llamado Lois ya?

—No, es domingo, está ocupado, dice que es el día que más curra, pues tiene que estar más atento que ningún otro. ¡Puto trabajo tiene!

—Mañana ya lo ves y cuando os caséis, todo será diferente.

—Eso espero, amiga, eso espero...

Pasan los días, pero Lois está cada vez más preocupado, una noche que están a punto de salir para cenar, una nueva llamada hace que él la deje plantada y salga pitando, pero esta vez se justifica:

—Amor, voy para el hospital. Mi hermana una vez más ha cometido otra locura y esta vez está muy grave.

–¿Quieres que te acompañe?

–No, niña, tú quédate con los niños, ya te aviso.

Helena se queda impresionada con los líos familiares de su amado y lo comenta con Patricia. Ninguna de las dos da crédito.

–Intentar quitarse la vida es algo muy grave.

–Helena, algo pasará para que esa mujer esté tan desesperada, tiene hijos, ¿no?

–Sí, creo que dos o tres, un niño y dos niñas. No entiendo cómo puede pensar en ello sin mirar por sus hijos y su madre, nada debería ser más importante que unos hijos, no sé, no quiero ni pensarlo.

–Mejor vamos a tomar algo, ¿quieres? Estás muy guapa.

–No tengo ganas, solo espero que me llame y que no haya pasado nada malo, me cambio de ropa y vemos una peli, saca el vino...

–Gran plan para un viernes por la noche, odio Denia...

Las dos se ríen y para no pensar en lo sucedido, ponen una película cómica y toman vino. A las dos horas, ya medio dormidas en el sofá, suena el móvil de Helena:

–¿Sí? –contesta Patricia–. ¿Quién es?

–Soy Peres, ¿está Helena?

–Sí, te la paso, ¿estás bien?

–Pásame a Helena, Patri.

Patricia despierta a Helena y le comenta que es Peres algo preocupado.

–¡Hola, loco! ¡Qué de tiempo! ¡Qué pasa?, ¿todo bien?

–No, no estoy nada bien. ¿Sabes algo de Rita? Lleva en Denia tres días y no sé nada de ella.

Helena se queda trastornada.

–¿Qué hace en Denia? Yo no la he visto, no sabía nada.

–¿Y tu novio? ¡Pregúntale!

–Él no está, se lo preguntaré, pero no creo que sepa nada.

–Avísame si sabes algo.

Helena piensa que todo es muy raro y se pregunta si Lois conocía algo de aquello, pero no eran horas para llamar, y más conociendo la penosa situación de su hermana.

A la semana siguiente, casi sin poder contactar y sin haber apenas dormido, llama a su prometido para saber qué tal está y cuál es la situación familiar. Lois le contesta que está cerca de casa, que baje y le espere fuera.

Al verlo queda profundamente impactada, lo ve tan deteriorado, con marcadas ojeras, la mirada triste y apagada... Lo abraza y él se echa a llorar desconsolado.

–Amor, estás derrotado. ¿Tan mal ha ido todo?

–Mi hermana ya está en casa, mi madre está con ella. La cara de esos niños me rompe el corazón, no sé qué hacer.

Helena no contesta, pues no hay palabras, solo mimo y atención para su amado, él sigue desolado.

–No quiero que esto nos pase nunca, es duro, niña, muy duro ver cómo la vida golpea sin entender el idioma del amor.

–No nos pasará, amor... Sé que estás mal, pero tengo que contarte algo –él la mira mientras ella se sienta–: Me llamó Peres la semana pasada, me preguntó por Rita. Dice que está en Denia.

Lois se sienta, la mira...

–No sé si está aquí, pero sí me ha llamado pidiendo dinero y amenazándome en contarte mentiras si no accedo a darle

pasta, pero ni la vi, ni sé dónde está, es más, no tengo la cabeza para esto ahora. Que se joda la puta esa.

–No hables así, con tal que me digas «no sé nada» es suficiente, tranquilo.

–Mira –Lois le enseña los mensajes y cambia de conversación en seguida.

–Mi niña, tengo que decirte algo, solo escúchame. Mi madre me pide que esté fuera con mi hermana unas semanas, o unos meses, mi niña, para ayudarla a recuperarse. Sé que es duro para nosotros, para nuestros planes, más por el tema de la boda. Amor, quiero que mi hermana esté en nuestra boda y que todo esto pase.

–¿Cuándo te irías?

–Niña de mi vida, mañana a primera hora. Pero me quedo, no me iré, no podré estar sin ti. Tengo miedo de que me dejes por esto, joder.

–Tienes que ir, Lois. Yo estaré bien. Amor, es tan tierno lo que vas hacer por tu familia, eso es lo que más amo de ti. Eres tan bueno, mi vida.

–Mi niña, te amo, te amo. Eres todo mi mundo. –Lois la besa con amor y pasión; luego le dice–: No quiero que te molestes por esa tía, es tóxica y quiero que estés pendiente de los niños. No vayas a trabajar hasta que yo vuelva, prométemelo, amor.

–No quiero saber nada, solo me preocupé por él, nada más. Claro que te lo prometo, estamos juntos en todo, te amo.

Lois entra y se acuesta en la cama, Helena intenta dejar que descanse, pues le ve muy abatido.

Al pasar las horas él se despierta de mal humor...

–¡Hostia, niña! ¿Por qué no me has despertado? ¡Mira, mira!, cinco llamadas de mi madre, ¡me tengo que ir ya!

–¿No cenas?

–No, cena tú que puedes. Me largo, niña, luego te llamo.

Lois se va rápido y deja a Helena con preguntas pero sin respuestas.

Al caer la noche, ya con los niños en la cama y ella a punto de acostarse, llaman a la puerta. Patricia abre y descubre con espanto que es Rita.

–Quiero hablar con Helena, llámala ya.

Al avisarla Patricia y contarle que Rita está en la puerta, Helena llama a Lois, no da crédito, no entiende cómo sabe dónde vive. Lógicamente, Lois no coge el móvil, lo tiene apagado; entonces decide bajar y hablar con Rita.

–Hola, pasa –le dice Helena fríamente.

Rita entra con actitud desafiante, mira a su alrededor y segura de sí misma le pregunta:

–¿Está Lois?

–¡No! Estoy yo, ¿qué quieres? ¿Cádiz es tan pequeño que me buscas aquí?

–Helena, yo no te busco, solo quiero contarte que Lois está casado y tiene hijos, sé que se ha enamorado de ti, pero no se casará contigo. Yo he mantenido relaciones sexuales con él, es bueno en eso, pero muy sucio, le gusta dominar a las mujeres y hacer todo tipo de guarradas.

Helena la interrumpe.

–¡Vete de mi casa, eres una hipócrita! ¿Qué te pasa, estas loca?

–Llama a la policia si quieres, pero no me iré sin que sepas toda la verdad.

–La verdad... ¿Cuál, la tuya? Ahora es un perverso, antes, según tú, era un galán, todo un señor.

–Cállate –le grita Rita.

–¿Quieres más dinero?

–Dinero no, sé que metí la pata por no contarte nada y me sabe mal, cree a quien quieras, Helena, es tu vida. Lois te quiere, pero no dejará a su mujer por ti, habla con su puta madre.

–Rita, conozco a su madre y a su padre, no mientas más.

–Su padre está con una puta amiga mía y Lois conmigo ha estado... Ahora ya lo sabes.

Patricia, viendo la cara de dolor de Helena, no aguanta más y antes de que Helena se derrumbe, la acompaña hasta la puerta y la echa a la calle. Rita se va, pero sigue gritando:

–¡Te estoy diciendo la verdad!, ¡en Cádiz estuvo conmigo, follamos como locos y ayer igual! Lárgate de aquí, vuelve a tu mundo, Helena, te va a joder.

Helena se tapa los oídos y cuando Patricia intenta consolarla, ella, más fría y entera que nunca, se va arriba y pide silencio. El dolor, la duda y la rabia se apoderan de ella en ese momento terrible.

Pasan los días, Helena recibe noticias de su prometido, hundido por su situación, a través de mensajes, apenas hablan por teléfono, pero Lois intenta desde la distancia mantener vivo el amor que siente por ella, lo que a ella le quita el valor necesario para contarle la visita de Rita. Helena decide esperar a su vuelta y hablar con él cara a cara.

Una tarde gris, en la que Helena decide ir con sus hijos a cenar, ya que Patricia está resfriada y decide quedarse, Rita

vuelve a casa de ellos. Patricia no le permite entrar, pero hablan fuera:

—¿Para qué has vuelto? Deja ya de molestar.

Rita, más tranquila, pero algo ida, con la mirada extrañada...

—Patri, no miento, sé mucho de ese tío, solo escucha... Sé que estás sola, he visto que Helena se iba.

—¿Ahora estás vigilándoles?

—¡No! Solo quiero que me escuches. Lois es un putero, un puerco, es un tío falso, repugnante y con gustos sexuales muy raros, por eso me llama.

—¡Lárgate! Eso no puede ser verdad, habláis de él las dos como si se tratara de personas distintas. ¡Vete de aquí! ¿Qué ganas con esto?

—Justicia. Me debe pasta y aparte de todo, lo quiero.

—¿Cómo puedes describirlo de esa manera y quererlo? Me das asco, espero que todo esto sea una de tus mierdas, tía, me pones enferma. ¡Lárgate o te echo a patadas, zorra lianta!

Al ver una reacción tan airada, Rita se larga mareada, no sin antes pedirle dinero, cosa a la que Patricia se niega rotundamente.

Cuando llega Helena, Patricia la ve tan alegre después de tantos días melancólicos que no le apetece contarle nada. Al igual que Helena, prefiere callar, aunque no por mucho tiempo, pues le indigna ser parte de tal locura, pero decide esperar el momento adecuado para decirle lo pasado en su ausencia, aun temiendo la reacción de ella.

Pero unos días más tarde, al ver que se aproxima la llegada de Lois, decide contarle todo lo ocurrido días atrás con Rita.

—¡Basta, Patricia! No me creo nada de ella, y más si me dices que estaba tan rara, queda prohibido hablar de este tema y de esta mujer. Respeta mi casa y a mis hijos, por favor, no conozco de quién me habla esa, yo sé lo que vivo y no daré crédito a tales insultos.

Patricia la abraza mientras Helena se derrumba, es tanto el dolor de alma que le fallan las fuerzas para luchar contra tanta envidia y maldad, en el corazón de Helena no cabe la duda y sufre por la traición de Rita.

Llega San Valentín y como Lois conoce la importancia de ese día para Helena aparece sin avisar dándole una agradable sorpresa. Ella, al verlo tan abatido y romántico, se entrega a él, olvidando así todos esos amargos momentos.

Pasan un día muy especial lleno de ternura, él la mima más que nunca y ella se deja mimar sin pensar en nada más, ya que en sus brazos encuentra el equilibrio y la paz.

—Mañana quiero llevarte a un sitio que será nuestro rincón.

—¿Qué sitio? Dime, no me dejes así...

—Espera, niña, deja que te sorprenda. Me encanta ver esos lindos ojitos brillando.

Lois le hace cosquillas, se ríen a carcajadas y se besan con mucha pasión.

Patricia los escucha al pasar por la puerta y se enternece por la alegría de Helena.

Al día siguiente él la recoge y la lleva a ver una casa compuesta de una sola planta de cinco dormitorios, tres baños, dos salones y una cocina muy familiar; seguidamente, le enseña el enorme jardín con piscina, barbacoa y una bonita casita para un perro.

–Pero bueno, amor, estoy flipando. ¡Qué pedazo de casa, es una pasada!

–¿Te gusta, niña?

–Me encanta, no tiene fallos...

–Este será nuestro hogar después de la boda, la compraré para ti...

Helena se tira en sus brazos sin dar crédito:

–¿Podemos tenerla?

–Sí, mi niña, haré realidad cada uno de tus sueños. Te amo, niña.

Mientras se funden en un profundo beso de amor, suena el móvil de ella. Al ver la llamada, la ignora.

–¿No lo coges?

–Es Peres, no tengo ganas de hablar con él ahora...

Helena agacha la cabeza y con los ojos humedecidos se abraza a él.

–¿Qué te pasa?

–Nada, solo quiero que me abracés y que el tiempo se detenga aquí, te amo tanto que da miedo sufrir.

–Tontita, estaremos juntos. Mírame, te prometo que nada ni nadie nos separará. Mataría por ti, te amo más que a mi propia vida. Somos tú y yo.

Los dos repiten esa frase al mismo tiempo y se besan con ansia de más.

Al llegar a casa, Helena le cuenta a Patricia lo sucedido y con alegría le describe la casa que han ido a visitar. Los niños la escuchan y felices gritan:

–¡Vamos a tener un perrito! ¡Viva, me encanta!

–Y un conejo también... –replica el pequeño.

–Sí, León, hasta siete conejos; el jardín es enorme...

De nuevo suena el móvil de ella y esta vez lo coge, ya que Lois no está delante.

–¿Qué te pasa, Peres? No quiero que me llames más...

–Perdona, Helena, pero es Rita. Desapareció anteayer. Estaba con tu novio y después de eso, nadie la volvió a ver.

–¿Cómo sabes que estaba con él, si Lois llegó ayer? ¿Estás seguro?

–No, ella me lo dijo, que le estaba esperando para conseguir dinero y volver en el bus, tenía el billete. La policía la está buscando, no sé si te llamarán porque les he dado tu móvil.

–¿Por qué me metes en esto? ¡No me llames más!

Helena cuelga el móvil furiosa.

–¡Qué cabrones! No me dejan en paz.

–Tranquila, piensa en la casa, cuéntame más.

–Luego, Patricia, luego...

Se retira al balcón y contempla el mar pensativa.

A los pocos días, la policía llama a la puerta de Helena.

Patricia abre y decide llamar a Helena, que estaba con Lois en el piso de arriba. Este da órdenes de que no se le mencione en absoluto, no quiere verse involucrado en las locuras de Rita. Helena encuentra normal su petición, dada su profesión, y baja confiada.

–Hola, buenas... ¿Sabe usted algo sobre la desaparición de esta persona?

–Sé que ha estado aquí, nada más.

–¿Me puede decir cuándo y por qué?

–Bueno, la conozco de Cádiz y vino a saludarnos, de eso hace casi un mes y poco más.

–¿No comentó nada que nos pueda ayudar? ¡Piense, señorita!

–No, no me acuerdo de nada importante, estuvimos hablando, tomamos unas copas y se fue.

–Muy bien, no la veo preocupada por su desaparición.

–¿Y por qué iba a estarlo? Es Rita, siempre aparece y desaparece, supe que estaba aquí por su pareja, que una vez más la estaba buscando.

–Gracias por su colaboración, buenas tardes.

Helena cierra la puerta y al mirar la cara desconfiada de Patricia le dice:

–¡Luego hablamos!

–Nena, Lois se ha largado por la puerta de atrás. Me dijo que te diga que luego te llama.

–¿Pero qué mierda ha pasado ahora? ¿Por qué se fue?

–Sonó su móvil y se fue, no sé nada más, solo me dijo eso.

–Ya está, la próxima vez que lo vea le contaré todo lo que está pasando, a ver si piensa que tenemos algo que ver con esto, tiene que saber la verdad.

–¿La verdad?

–Sí, todo esto...

–La verdad tienes que saberla tú. Sé que es una locura, pero algo de verdad tiene que haber en lo que dijo Rita, ¿cómo sabía si no donde vivimos?

Helena no contesta, se acuesta con sus hijos viendo dibujos animados y le pide a Patricia que prepare algo de cena.

Lois la llama para darle las buenas noches y saber qué había pasado...

–No me gusta ver a la poli en casa y más desde lo que te sucedió hace un año, pasa de la gente y no te metas en más líos.

—¿Pero qué culpa tengo yo de esto? Ni siquiera sé cómo sabía Rita dónde vivo...

—¿Cómo?, ¿has estado con Rita?

—Sí, mientras tú estabas fuera, ha estado aquí hablando de ti, diciendo que tu...

Lois la interrumpe, en tono agresivo, y sigue gritando:

—¿Por qué no me cuentas nada, niña? ¿Ves...? No puedo confiar en ti, si tú no te fías de mí. Estamos prometidos, nada de secretos, estoy molesto, no quiero hablar más de Rita ni de mierda alguna.

—Pero quiero que me escuches. Ella vino y...

—¡Basta! Estoy cabreado contigo. Pensé que me respetarías más. Estás castigada, no te veré en unos días...

Helena se queda mirando el móvil y sin poder explicarse, ya que Lois le colgó y apagó su teléfono móvil.

Algo dolida, Helena siente la necesidad de hablar con alguien y llama a Dina y le cuenta todo lo sucedido.

Dina solo la escucha y la calma.

Pasan las horas y Dina decide llamar a Patricia y razonar con ella, le dice que pronto irá a Denia y le pide que le dé todos los datos que pueda de Lois, sin que Helena se entere.

Tiempo después sin noticia alguna, se sigue buscando a Rita.

Entre desconfianzas, la pareja se ve poco a pesar de seguir con sus planes de boda.

Una tarde, Ana, su amiga de Cádiz la llama y le dice que Rita ha aparecido, que la vio con su novio paseando por la playa:

—¿Qué me dices?

–Nena, después de lo que me has contado le dije de todo a los dos y esa tipa se reía, casi le meto una hostia.

–Qué gentuza, ¿sabes el lío que tenía en mi cabeza por este tema? Creo que voy a aplazar la boda.

–¿Por qué?

–He desconfiado de él, Ana...

–Normal, no seas tonta Helena. Eres muy exigente contigo misma, pasa de todo, amiga, llevas ahí con él ya tres años, sin contar los dos aquí en Cádiz. No es para desconfiar de él, amiga, lucha por tu amor, se te ve muy feliz.

–Gracias, Ana, pero ¿y si no sale bien? Últimamente discutimos por nada.

–Normal, nena. Relájate y llámame si me necesitas. Te quiero, ánimo. Cuéntale ya que Rita está de órdago.

Helena se ríe y con los ánimos de Ana se nota más contenta.

Antes de todo se lo cuenta a Patricia, esta se alegra pero sigue dudando de él y de Rita.

Helena se relaja y llama a Lois:

–Amor, me ha llamado Ana, dice que ha estado hablando con Rita en una playa de Cádiz...

–¿Lo sabe su novio?

–Sí, iban juntos los dos...

–¡Madre mía, qué hijos de puta! Luego hablamos.

Lois cuelga con un gran suspiro.

Patricia telefonea a Dina y le comenta la situación, Dina se alegra pero le comunica que seguirá investigando a Lois. Mientras las dos hablan a espaldas de Helena, Patricia escucha sus pasos acercarse y le cuelga a Dina prometiendo que más tarde la llamará.

Después de la agradable noticia de Ana, Lois cambia radicalmente una vez más de comportamiento con su prometida y ella con él.

Se respira de nuevo el olor del amor, la confianza y la pasión.

Dispuesto a arreglar lo sucedido, Lois le pide unos días para los dos, ya que no podrá pasar la Navidad con ellos, pero sí la Nochevieja. Helena le pide que la pasen en Cádiz con sus padres e intentar reunir a toda la familia.

—Sería genial, eres una gran hija, niña, yo me reuniría contigo el veintinueve.

—¿Sí?

—Claro, amor, intentaré que vengan mis padres conmigo y estaremos todos juntos.

Helena está feliz, por fin las familias juntas. Esa es su máxima prioridad, demostrar a todos su amor y que entre su madre y su futura suegra, la ayuden a elegir su vestido de novia.

Ya en casa después de una cena llena de alegrías, Helena decide llamar a su madre para contarle sus planes y darle la sorpresa a su padre.

—¿Qué te parece, mami?

—Hija, sería estupendo, mañana te diré cómo lo podemos hacer. Qué gusto me da escucharte tan contenta.

Cuando su madre piensa en la agradable sorpresa que su hija quería dar a su padre, se emociona y, sin poder ocultarlo, le cuenta lo sucedido a su marido. El padre de Helena también se emociona, pero se niega a ello.

—Cariño, el tiempo no está para que la niña venga por carretera y menos en estas fiestas. Habla con ella e intenta

que no venga. Mejor cuando pasen estas fiestas. Ni pensarlo, con los niños tantas horas no... Me niego.

La madre acepta, pues le da la razón. Cuando se lo comenta a su hija, esta se enfada, pero también entiende la preocupación de sus padres y su protección.

Helena, triste, le comenta a Lois la negativa de ellos; este sonrío y le dice:

–Ay, mi niña, ánimo. Iremos cuando pasen las fiestas. Te lo prometo, es más, así estaremos más de una semana con ellos, ¿vale?

–¡Vale! –exclama abrazándose a él.

–Pues nos vamos el veintiuno y venimos el veinticuatro, ¿te parece?

–No, amor, estemos aquí con los niños, ya que tú tampoco estarás, pues que pasen estos días con nosotros.

Esas Navidades solo estaban los cuatro: Helena, Patricia y los dos niños. Juntos prepararon la cena, cantaron, bailaron y se rieron mucho entre sus juegos y sus historias.

Los regalos fueron estupendos y los pequeños disfrutaron como los que más.

Helena se desvivía por sus hijos, para que estos no sintieran la falta de nadie. Intentaba dibujar una sonrisa en su cara para animarlos cada día. Hacía de padre, de primos, de tíos, de todo, para que sus hijos no tuvieran carencia alguna.

Era una gran madre, Patricia la admiraba, al igual que todos los más cercanos.

Su casa siempre estaba llena de amigos de sus hijos, ella les cocinaba, los escuchaba, jugaba con ellos, les hacía fiestas de pijama, de disfraces, de piratas... Siempre dispuesta a ver la

sonrisa en esas pequeñas caras. En sus cumpleaños, en Navidad o en Reyes, Helena cada año compraba regalos y los enviaba por correo para que ellos pensaran que eran de su padre, que rara vez los llamaba. Ni si quiera en fechas señaladas. Para ella era un orgullo cuando ellos le decían a sus amigos: «Esto me lo regaló mi padre».

Una tarde gris de febrero su hermano la llama:

–Helena, papá está muy mal, lo han ingresado en el hospital...

Helena se derrumba. Llama a su madre y le da la misma noticia. Sin pensarlo, le dice a la madre que intentará ir lo más pronto posible.

Dada la enfermedad de su padre le pide a Lois que aplacen la boda:

–No hay boda hasta que mi padre se mejore.

Lois acepta, pues sabe cómo es ella de familiar.

Helena viaja a ver a su padre con sus hijos, dado que Lois no puede pedir días libres para acompañarla. Tras pasar con la familia una semana, tiene que regresar por los niños y sus obligaciones escolares.

Durante el viaje, únicamente piensa en la mirada de su padre al despedirse de ella y de sus nietos, eso le duele y se siente culpable de no poder quedarse a su lado.

Al poco tiempo su madre la llama porque su padre tiene ganas de hablar con ella. Helena feliz pues de hablar con él un viernes por la tarde. Reír con su padre y encontrarle tan mejorado le alegra el día. También pidió hablar con sus nietos, contentos de escuchar a su amado abuelo, siempre con sus bromas y sus buenos consejos.

Todos se alegran y se calman después de esa llamada, con la enorme ilusión y fe de que lo peor ya ha pasado.

Los niños van contentos y llenos de esperanza a jugar, mientras Helena le cuenta a Lois la mejora de su amado padre, este se alegra y le dice:

–Niña, mañana me encantaría que fuéramos todos a ver la casa, tengo que hacer ahí un arreglo y podríamos pasar parte del día. Compraré todo lo necesario para preparar una barbacoa y bebidas. ¿Qué me dices?

–Perfecto, amor.

–Hay que celebrar la vida, niña, y más después de lo de tu padre. Ya que pasó el susto.

–Sí, amor, qué meses más duros... Vaya principio de año.

–Pues ya está, niña, mañana a las nueve estoy ahí. Te amo.

Se lo pasan genial, los niños y Patricia flipando con la casa y Helena, admirada por tener el mejor hombre del mundo y más:

–Amor, eres un manitas, qué trabajo más bonito has hecho aquí.

–¿Te gusta?

–Me encantas, eres todo un machote. Mi guardaespaldas guapetón.

Lois se ríe y la coge en sus brazos.

–Qué flaca eres, me encanta tu cuerpo elegante, sexy y frágil.

Se besan.

Después de la comilona y ya agotados, mientras Lois recoge, los demás están tumbados en el césped mirando al cielo y jugando con las nubes. Se bañan en la piscina de agua climatizada,

mientras los novios cuentan tonterías y siguen bebiendo vino o cerveza. La tarde pasa divertida para todos y los nenes hacen planes, ya con ganas de mudarse a su nueva morada.

Termina el día y la noche inquieta a Helena que, entre malos sueños, se despierta angustiada y se va al salón. Mira la hora y solo son las cinco de la mañana, se prepara una tila y pone la televisión, pero la ansiedad y el malestar siguen presentes. Un par de horas más tarde llama su hermano:

–Helena...

–¿Sí?... ¿Qué ha pasado?

–Es papá.

Se hace un silencio. El corazón de Helena se acelera, le cuesta respirar y escucha la voz de su hermano a lo lejos.

–¡Habla, hermano! Dime, cuéntame... Su hermano se derrumba:

–Ha muerto. Papá ha muerto.

–¡¡¡NOOOOOOOOOOO!!!

Helena grita tan alto que despierta a sus hijos. Deja caer el teléfono y Patricia termina la conversación por ella. En seguida la abraza junto a sus hijos, el dolor se contagia y el llanto se hace melodía. El cielo se cubre de negro al igual que el alma de Helena.

Patricia llama a Dina, le cuenta lo ocurrido y esta le dice que buscará la forma de viajar, al igual que Toni. Después de varios intentos fallidos, Ana por fin atiende el teléfono y le ruega a Helena que mire por los niños:

–Tienes que levantarte, cariño, sé la relación que tenías con tu padre, no puedo aliviar tu dolor. Solo te lo pido por los niños y por tu madre, cariño, tienes que seguir adelante...

Helena sabe que Ana tiene razón y al mirar a sus pequeños sentados en un rincón llorando, los abraza y les dice que el abuelo siempre estará con ellos.

—¿Dónde, mami? —le pregunta León.

—En tu corazón, mi vida. Ahora y siempre estará ahí dentro de ti.

—¿Y de ti, mami?

—También, mi vida, el abuelo nunca nos dejará, nos cuidará a todos porque él nos ama.

Nani abraza a su madre y a su hermano, aún tan joven, se pone a recordar cosas divertidas de su abuelo y logra hacerles reír.

Helena intenta que los niños vayan a jugar sin darse cuenta de que fuera llueve a cántaros. Patricia los distrae poniéndoles videojuegos en la habitación e intentando que prueben bocado.

Mientras, Helena habla intentando dar ánimos a su madre.

—¿Cuándo vas a venir? Coge un taxi, hija, ven, te necesito aquí.

—Mami, mañana estoy ahí, solo estoy calmando a los niños y voy.

—No los traigas al entierro hija, es mucho para ellos.

—Lo sé, mami, están muy afectados, mañana estoy a tu lado, amor. Recuerda que te amo, mamá, siempre estaré contigo, mi vida.

Las dos lloran sin consuelo....

Cuando Lois por fin se entera de tal tragedia, le dice a Patricia que en un par de horas estará ahí y le ordena que no se separe de ella.

–Claro que no, solo me preocupa que no ha comido nada y mira la hora que es.

–Tranquila, Patricia, en nada estoy ahí, te dejo... Me daré prisa.

En seguida, llama Dina para saber cómo está Helena y decirle a Patricia que en una semana podrá ir, antes le resulta imposible porque no le dan días libres.

–¿Quieres hablar con ella?

–No hay palabras para esto, mejor en persona. Le mandaré un mensaje, mira por los niños por Dios.

Pasan las horas y Lois llega por fin. El llanto de ella al ver a su prometido es impactante, le corta el aliento a cualquiera.

Emprenden el viaje.

Ya en Cádiz, Helena, a pesar de las indicaciones de Lois de cómo hacer las cosas, se vuelca con su madre, a quien no deja de atender, olvidándose de todo lo demás. Después del duro entierro, todos los familiares y amigos se juntan para comer. Lois le pide a Helena unos minutos y, separándola del grupo, le dice:

–¿De qué vas? Me has humillado delante de todos, has pasado de mí. Tú no me valoras una mierda. Encima que te traigo y solo estás con tu madre, eres patética.

Helena lo mira y no da crédito, pero no le contesta. Estaba sin sangre, sin vida. Solo le preocupa su madre. Después de tantos años juntos, y él con celos de su madre, esa era su pregunta. Mira a Lois y solo le dice:

–Das pena...– Se aleja y se sienta con su madre y los demás.

Todos recuerdan a su padre y cuentan sus anécdotas para hacerlo más llevadero y honrar su partida.

Lois, como siempre, tan amable y comprensivo con los demás.

–Mami, ¿qué vas hacer ahora? Vente a Denia conmigo, quédate ahí, estaremos juntas.

La madre mira los ojos de dolor de su hija, la abraza y le dice:

–Dame unos meses y me reuniré contigo. En esa casa no quiero estar, de todos eres con quien mejor me siento, hija.

La mira y en seguida añade:

–No se lo digas a nadie, pero sé que solo a tu lado estaré bien, hija, yo lo sé y tú lo sabes.

Helena le acaricia la cara, la besa y asiente.

La despedida es cruel y más con esa amargura de equipaje.

Ya en el coche, a la hora después de las duras palabras de su prometido, este le grita:

–Mira, me molesta tu puto llanto...

Lois frena el coche y, sin más, le suelta:

–Si no paras de llorar, te vas para los asientos de atrás.

Helena, sin decir nada, abre la puerta del coche, mira atrás, se detiene y piensa en sus hijos. Respira hondo y se sienta atrás.

Para ella el viaje se hace corto, metida en sus pensamientos acaparados por su nostalgia, llega a Denia.

Al salir del coche, Lois le dice:

–No le des portazos, por lo menos agradece que no te has gastado ni un duro.

Helena explota. Abre su bolso, pues su madre y su hermano le habían dado algo de dinero, ella no lo había contado, pero coge todo lo que tenía en el bolso y le tira el dinero a la cara.

–Qué maleducada eres.

–Quédate todo, eres un pedazo de hijo de la gran puta.
¡Adiós!

Lois se queda blanco, no conocía esa Helena, tan fría y distante. Se preguntaba qué le había pasado y dónde estaba su niña frágil.

Cuando entra en su casa, abraza a sus pequeños ya medio dormidos, le da las gracias a Patricia y se va a la ducha:

–¿Estás bien?

–¡No!

–¿Quieres algo? ¿Me quedo contigo aquí arriba y hablamos?

–Vale, en la terraza y, por favor, trae vino... Mucho vino.

–¡Ok, cariño!

Las chicas pasan la noche hablando, llorando y bebiendo, hasta que Patricia acompaña a Helena algo ebria a la cama.

Helena pasa unos cuantos días encerrada en su habitación, solo le da atención a sus hijos, y a su madre telefónicamente.

–Cariño, Lois está abajo otra vez, pide permiso para subir. Quiere verte.

–No quiero ver a nadie, dile que se largue, Patricia.

–Lois, nada, que no quiere verte...

–Normal, me he portado como un inútil, celoso y tonto. Patricia lo mira y lo interrumpe.

–Perdona... Te has portado como un gilipollas. En serio, me hablas de celos, ¿de quién? ¿De su familia?

–No sé. Quería estar con ella y se apartó de mí...

–Estaba apoyando a su madre, eso no es apartarse de nadie. No eras lo más importante en ese momento, no siempre eres el centro del universo y encima vas y le cobras el viaje.

–Ya te he dicho que me siento avergonzado. Mira, aquí está su dinero, dáselo y dile que lo siento de veras.

–Eso es cosa vuestra, a mí no me metas.

–Volveré mañana o más tarde, avísame si necesita algo y dile que la amo.

Lois se marcha muy afectado por las duras palabras de Patricia.

En un intento de salvar su relación con su amada, decide mandarle cada día un ramo de flores. Rosas azules, las favoritas de ella, pidiendo perdón, recordándole cuánto la ama y la echa de menos.

Esa actitud después de unas semanas, empieza a ablandar el corazón de Helena, que después de la muerte de su padre, vuelve a encender su móvil.

Es abrumador todo el apoyo de amigos y conocidos, pero no está aún preparada para contestar a ningún mensaje, la primera llamada que atiende es de su prima Dina.

–Por fin te escucho, prima. Solo decirte que en dos semanas estaré ahí contigo. ¿Puedo?

–Sí

Helena se derrumba y cuelga.

Mientras se va a caminar por la orilla del mar, Patricia decide llamar a Dina:

–Está muy afectada...

–Dina, solo ha pasado un mes, es normal.

–Sí, lo sé. Mira, tú dale ánimos, yo en pocos días estaré ahí.

–No creo que sea el momento de cargarla con el tema de Lois.

–Tranquila, sé lo que hago, ahora importa ella.

–¡Ok!

Cuando Helena después de caminar durante una hora llega a casa, manda a Patri a la compra para preparar una lasaña para sus niños.

Patricia se alegra que ella se anime a cocinar y se va rápidamente.

De repente se oye llamar a la puerta, Helena piensa «está chica..., ya se ha olvidado de algo», pero cuando abre se encuentra con una mujer algo gruesa y muy masculina pero de apariencia agradable.

–Eres Helena, ¿verdad?

–Sí... ¿Y usted quién es? ¿En qué le puedo ayudar?

–Perdón, me llamo María, pero me puedes tutear.

–Bien, encantada. ¿En qué te puedo ayudar, María?

–¿Puedo pasar?

–Sí, claro, ¡pasa!

–Gracias. Ante todo te doy mi pésame por el fallecimiento de tu padre y te pido disculpas por venir sin avisar, pero tenía que verte en persona.

–Gracias, pero no entiendo qué quieres de mí. ¿Es por trabajo? ¿Te manda Rober?

–No. No sé quién es ese, yo soy... Soy la mujer de Lois.

–¿De qué Lois?

María le da nombre y apellidos. Helena se sienta en el sofá, mirando sin dar crédito a aquella mujer que seguía hablando sin parar de llorar:

–Siento contarte todo esto, pero tenemos hijos, una casa, una vida. Él quiere que le firme el divorcio porque dice que está enamorado de ti. Te lo ruego, Helena, ayúdame, no rompas mi vida...

–Espera un momento, ¿tienes una foto o algo que me demuestre que lo que dices es verdad?

–Sí, en mi coche. Yo no quiero hacer daño, solo que no me lo quites. Puedes seguir con él, pero así, no te cases con él...

–Esto es una locura. ¿Qué clase de mujer eres?, ¿cómo me pides eso, una relación a tres? ¿Estás loca?

–No, Helena, estoy desesperada.

–¿Ahora estás desesperada? ¿Hace cuánto tiempo sabes de mi existencia? ¿Eres amiga de Rita? ¿Te pagan para esto?

–Desde Cádiz, él nunca me ha mentido, sé que no me crees, pero te digo la verdad, ayúdame.

–¡Para ya! Deja de llorar, tráeme pruebas.

María se va al coche cuando entra Patricia:

–Ya estoy aquí, cari, ¿quién es esa?

Helena la mira y le cuenta lo sucedido mientras vuelven a llamar a la puerta. Patricia abre y ahí está María con una gran carpeta llena de fotos de boda, certificado de matrimonio y los papeles sin firmar del divorcio.

–Este hombre es un actor o un enfermo y tú eres igual de mierda que él, ¿también eres escolta?

–¿Escolta?

–Sí, ¿no sabes dónde trabaja tu puto marido?

María la mira con sorpresa y le dice:

–Helena, Lois es fontanero. Trabaja con su padre en una empresa familiar de toda la vida.

Patricia se queda blanca con toda esa información y al ver la cara de Helena tan fría y segura se incomoda.

–Nena, no dices nada... ¡Reacciona!

Helena mira a María a los ojos y sabe que esa mujer no está mintiendo.

–María, ¿por qué vienes ahora a mí?, ¿qué quieres que haga yo después de casi cinco años juntos? ¿Por qué ahora y no antes de joderme la vida? ¿Por qué?

–Pensé que era un capricho, algo meramente sexual... Sé que Lois es muy promiscuo.

–¿Lois promiscuo?

–Sí, claro, le gusta todo lo más raro y sucio del sexo. ¿No te obliga a cosas, a ver porno, tríos, sado?

–¡Para, por Dios! Jamás me ha pedido o hecho algo tan sucio como lo que dices y deja de llorar, odio el drama. No te hagas la víctima... ¿Te gusta ser la cornuda, María?, ¿te va ese rollo?

María se limpia la cara, le sonrío a Helena y fríamente le contesta:

–Yo no he sido la cornuda, la cornuda eres tú, ya que a la única que ha engañado ha sido a ti, Helena. ¿No crees?

Helena se levanta dolida, coge su móvil y en seguida llama a Lois:

–Hola, mi niña, ¿cómo está mi amor?

–Mejor... ¿Puedes venir ahora?

–En dos horas estaré, ¿estás bien?

–Mejor que nunca. ¡No tardes!

Al colgar le dice a esa mujer:

–Lois va a venir y vamos a aclarar todo este sucio juego, quiero toda la verdad si es que para vosotros existe esa palabra.

Patricia está petrificada y no le quita la mirada a Helena. Sin esperar más, le ruega a Dina que adelante su viaje, pues

la situación la asusta. Dina, al conocer la situación se pone en marcha, indicando a Patricia que en unas nueve horas estará ahí. Viajará con el coche de su padre.

Mientras María, sentada, sin palabras, llora y mira al vacío, suena la puerta. Helena la abre en seguida. Patricia, al escuchar la voz de Lois, teme por la reacción de ambas.

–¡Hola, mi niña!

–Ven, quiero presentarte a alguien. Esta es María, ¡tu mujer!

Lois se queda perplejo, sonrojado y tartamudeando. No da crédito a lo que ve y se exalta en seguida.

–No conozco a esta tipa, ¿qué coño es esto?

Helena coge una copa de vino, se sienta y, mirando a María, le pregunta a Patricia:

–¿Hay palomitas?

–¿No tienes corazón? –le pregunta María.

Helena la mira altiva y se ríe.

–Eso, pregúntale a tu marido, y tú, Lois, o como te llames... Aquí en esta carpeta está todo lo que tu increíble mujer me ha traído. ¿Tampoco la conoces? ¿Ella también miente, igual que Rita, fontanero, no, perdón, escolta?

Lois le dice:

–No es lo que parece, deja que te explique.

–Estoy esperando...

–Yo también estoy esperando. ¿No me conoces, no soy tu mujer desde hace diecisiete años? ¿No tenemos tres hijos? ¿Qué te pasa? ¿Estás ciego? Lo he contado todo. ¿Y por qué eres escolta?

Helena interrumpe a María:

—Antes de que empieces, solo una pregunta: ¿cómo sabes del fallecimiento de mi padre?

María mira a Lois, se levanta y le contesta:

—Porque estábamos en la comunión de mi hijo cuando llamaste y yo estaba a su lado.

Helena se mantiene entera, mientras María sigue:

—Al igual que lo del calabozo por lo de tu prima.

—¿No fue detenido Lois?

—No, se quedó en casa. Me prometió que te dejaría, no quería líos.

—¡Cállate ya! Deja de hablar. Si crees que me voy a quedar contigo, estás loca, tía, loca... ¡Suicida de mierda, eres una loca!

—¿Suicida?

Helena mira a María, mientras se derrumba.

—Sí, Helena, lo he hecho porque no puedo vivir sin él y lo volveré a hacer.

Lois coge a su mujer por el brazo e intenta echarla, mientras María, gritando, le vuelve a pedir a Helena que no rompa su familia. Entre tanta agitación, llegan los hijos de Helena, y corren a los brazos de Lois contentos por verle.

Patricia los lleva a la planta de arriba con algunas artimañas para que ellos no se percaten de tan absurda situación.

—Quiero que os larguéis de mi casa ahora mismo. Mis hijos no tienen por qué pasar por todo este engaño y tú, María, para mí no significas nada. Eres patética, la decisión que tome no la tomaré por ti ni por tu familia, lo haré por mí. Yo no te he roto nada, no conozco a tu marido, ni al hombre del que habla Rita. Tú me has roto una vida por callar tal verdad y tú, Lois... Te llamaré muy pronto para que hablemos en privado,

tengo el derecho de saber toda la verdad y el porqué de todo este daño y engaño. Has jugado con mi familia, padres, hijos, hermano...

Lois, avergonzado, le dice:

–He sido un cobarde, pero no he mentido a nadie. Te amo, niña, y siempre te amaré, tú me amas...

–¿Amarte? Si no sé quién eres, no te conozco, todo esto es MENTIRA... ¡Vete! ¡MARCHAOS!

Lois se larga en seguida, dejando atrás a su mujer.

–Helena, no quiero hacerte daño –le dice María.

–Es tarde para eso, ¿no crees? Acabo de enterrar a mi padre, solo pienso en el tiempo perdido aquí, sin haber disfrutado de los últimos años con mis padres. Si tanto lo amabas, haberme buscado antes, no os perdono esto, estáis hechos el uno para el otro.

–¿Crees que yo no he sufrido? ¿Sabes lo que es que te deje todo el tiempo para irse con otra? ¿Que te rechace, que te diga «amo a Helena»?

–No lo sé, esa es vuestra historia. Es de película, todavía miro al alrededor pensando: «¿Dónde está la cámara oculta?, es una broma, ¿no?».

–Ahora ya lo sabes todo, nunca es tarde para la verdad.

–¿Y eso me lo dices tú?

–Mira, no te pido comprender esto. Es mi familia, es mi marido.

–¿Tu familia? ¿Qué familia? ¿Tu suegra y tu suegro, que han estado aquí en mi casa, mintiéndome?

¡A la mierda todos! No vuelvas a mi casa, quédate con tu familia, con tu marido. Adiós.

María se va alucinada por la revelación, no sabía que sus suegros también estaban metidos en todo esto.

Las horas siguientes Helena medita sobre todo lo sucedido con Lois. Todas sus promesas, sus escapadas, la pedida de mano... Piensa en su familia, en sus hijos, en todo el daño que, por creer en él, va a causar a todos los que, al igual que ella, han confiado en él.

—¿Cómo estás?

—Borracha de ira, quiero llorar, patear cosas, gritar, pegarle...

—Hagámoslo, ganas no me faltan —dice Patricia enseñando un puño.

Helena sonrío.

—No tengo ganas, creo que en este momento soy inmune a todo dolor que no sea la pérdida de mi padre. Esto es solo un rasguño en una herida profunda.

—No te entiendo.

—Patri, es como tener una contracción en el paritorio, te duele tanto que todo lo que te hagan en ese momento es casi una caricia.

—¿De verdad no estás dolida?

—Siento tanto odio que el amor que le tenía se ha evaporado. Solo siento desprecio, asco y odio. No hay más nada en mi corazón.

—Sabes que volverá...

—Lo sé y le diré lo que pienso de él, aunque no le conozco.

—Esto parece de película.

—Sí, algún día... ¿Y mis hijos?

—Están bien, no se han enterado de nada.

Helena le da un beso a Patricia y sale a dar un paseo.

Su móvil no deja de sonar. Mientras Patricia solo desea que llegue Dina, le sorprende la entereza de Helena.

Al día siguiente, nada más llegar, Dina sube a verla y la encuentra en el balcón.

–¿No has dormido?

–Prima, qué gusto verte.

Se funden en un abrazo, Dina no habla, solo se queda abrazándola durante unos minutos.

–Vamos, dúchate, tenemos que salir.

–¡Qué dices! No tengo ganas.

–Ya, pero yo sí. Mueve ese culito, vamos a la ducha.

Helena se ducha, se viste y se van las tres.

Durante el trayecto en coche, pasan cerca de la casa prometida...

–Mira, esta es la casa que este farsante ha comprado para que fuese nuestro hogar. ¿Podemos parar un momento? Me gustaría volver a verla...

–Claro –dice Dina.

–Es una pasada, ahora deberías quedártela tú –dice Patricia provocando unas risas.

Las chicas caminan hacia la casa cuando ven que un señor mayor las mira. Patricia le dice:

–¿Pasa algo, señor?

–Díganmelo ustedes. ¿Buscan a alguien?

–Veníamos a ver la casa.

–Es mi casa, ¿por qué venían a verla?

Helena le explica al señor la situación y se queda de piedra cuando el hombre le dice:

–Sí, conozco a Lois. Es mi fontanero, la cuida cuando nos vamos de viaje. Trabaja para mí, ¿eres su mujer?

Mientras Helena se queda sin palabras, Dina le responde:

–Pues tenga cuidado con ese, que siempre hace fiestas y va por ahí diciendo que es su casa. Hasta luego.

El hombre se queda helado mirando a las chicas, hasta que arrancan el coche.

–Llévame a casa, prima.

–Vale, cariño. Te dejo ahí, compro algo, preparamos comida y bebemos como cosacas.

Ya en casa, Helena intenta llamar a Lois. Quería decirle de todo... ¿Qué se creía para tratarla así?

Entre tanto vuelven las chicas y Lois sigue con el móvil apagado.

Pasan unos minutos y aparece él demudado y con cara de llanto.

–¿Podemos hablar? No puedo más.

Lois intenta justificar todo lo que ha hecho. Le sigue rogando perdón e insiste en que la ama y que jamás la olvidará.

–Lucharé por ti, niña, hasta que me muera, sin ti no podré vivir. Perdona mi engaño, jamás te mentiré. Te amo, te amo...

Helena lo mira mientras las lágrimas le recorren la cara, él se acerca y ella le da una sonora bofetada. Él la recibe y con una lágrima cayendo en seguida le pregunta:

–¿Me amas?

–No te amo, no te conozco, Lois. Sí, me enamoré de un personaje creado por ti y mantenido por mis ganas de creer en el amor, pero lo que tengo delante de mí es un ser despreciable, un infiel lleno de maldad y sin sentimientos. Nunca pensaste

en mí. Ese egoísmo tuyo casi mata a tu mujer y acabó por matarme a mí. No te acerques jamás a mis hijos, ni a nadie que tenga que ver conmigo. Estás muerto para mí y para todos.

–Helena, ¡tú no eres así!

–Ahora sí... ¡Lárgate!

Helena baja las escaleras y se apoya en las chicas. Lois va detrás de ella y le pide que salga para darle una cosa.

Esta accede y él le da un sobre, donde se guardan una carta y el dinero ahorrado de ella y le dice:

–Esto no es un adiós Helena, siempre estaré contigo aunque no me veas. Te cuidaré, recuerda que eres una gran mujer.

–Gracias a ti, a partir de hoy lo seré.

Helena por primera vez con la cabeza alta, camina firmemente sin mirar atrás, dejando a Lois mirándola con la cabeza gacha y hundido.

Lois, destrozado, observándola, se da cuenta de que su carta y el anillo de compromiso están tirados en el suelo. Los coge apretándolos en su pecho y con un llanto desgarrador, destroza la carta y tira el anillo. Suspirando por el amor de Helena, promete volver y luchar por ella, que, para él, era y sería su único y gran amor.

Sabía que ya nada más podía hacer. Solo regresar a su casa, cuidar de sus hijos y seguir viviendo de apariencias con... ¿La otra?

CARTA DE HELENA

El destino, la ilusión, las ganas de cambiar golpes por cariño marital me llevaron a esto. Sí me he sentido culpable por vivir momentos de felicidad arrastrando el dolor de otra, he amado, he creído, pero la recompensa ha sido amarga y vomitiva.

Me he repudiado, quizás por mi familia, por sus miradas y por juzgarme todos tan duramente, he sentido el látigo en mi espalda del reproche, de las calumnias, del desprecio de mi propia gente. Me han etiquetado, insultado y pisado por un error.

Lo curioso es que hasta el día de hoy, nadie me ha preguntado cómo me siento o cómo estoy; al revés, siguen mirándome como la destroza-hogares, la déspota, la imbécil, la rota.

Se me han agotado las palabras del perdón y sigo herida en mi corazón. Esta ha sido parte de una parte más de mi vida, el precio lo sigo pagando, no hay duda de que las deudas de la traición de un amor falso te pisan toda una vida. Mi mayor regalo, mi apoyo: mis hijos y mi vivencia.

Aunque me condenen, sé que todo lo que he hecho fue por amor y eso solo lo entiende quien ama con el alma. Siento y padezco por tal engaño, yo lo viví con pasión, he sido la otra, sí, pero sin haber podido elegir mi destino ni mi verdad, he amado a un personaje inventado, me enamoré del amor que alguien vistió con lazos de honor.

Quiero dar todo mi apoyo a todas las personas que han sufrido un engaño tan duro y tan cruel como el mío; y a los que juegan con el alma de mujeres u hombres separados con hijos, que antes de hacer tal daño gratuito, piensen en el daño que hacen también a esas criaturas inocentes.

Hoy por hoy, estoy felizmente casada y por fin he tenido la recompensa de todo lo sufrido y dado por amor, lo digo para que sepáis que incluso las experiencias malas nos pueden traer experiencias positivas, pues, si no hubiera pasado por esta amargura, no habría tenido la oportunidad de haber conocido a mi maravilloso marido. Gracias.

Por Helena R.

CARTA DE LOIS

Te conocí sin buscar nada, casualidades de la vida, no entraba en mis planes enamorarme perdidamente de ti, pero el destino me falló y mi amor por ti me resucitó de la mierda de vida que llevaba. Me diste vida, volví a reír, a vivir, a ser como un niño con sueños e ilusión, ¿te mentí? ¡Sí!

¿Lo volvería ha hacer? ¡Sí! Por qué te preguntarás, por que te AMO, TE AMÉ Y TE AMARÉ SIEMPRE.

Por un sin ti, sin tu olor, sin tu vitalidad, tu risa... vuelvo a estar muerto. He cometido un error y ese error ha sido aprender otra forma de vida, tu vida era magia para mi, yo era de los que cada día de la semana comía lo mismo, contigo nunca se repite el mismo plato. No me condeno por mi engaño quería ser grande para ti, el mejor en todo y darte todo, solo mi miedo y cobardía hizo que te perdiera y te perdí.

Seré un cabrón, una mierda pero viví un amor y amo ese amor, nadie me quitará mis vivencias, vivo infeliz pero veo cada día a mis hijos con su Madre y pienso que ante todo soy padre y tengo mis responsabilidades como tal, he destruido tu vida y con ello he recreado la mía, gracias y perdóname algún día...

Para mi tú nunca has sido una amante y menos la otra, para mi eres y serás Helena mi único y gran amor.

Por: Lois

CARTA DE MARÍA

Como madre y esposa me siento orgullosa de haber perdonado a mi marido y luchado por mis hijos, egoístamente he peleado como una leona y he ganado.

No han sido años fáciles ver como tu marido te humilla, se va con su supuesto amor cada día y muchas noches estar con mis hijos pequeños sola, mirando la ausencia de su lado de la cama.

Una mujer sabe cuando un hombre ya no la desea ni la mira, los gritos y las peleas eran cada vez más, yo con mi calma y astucia supe aguantar esos golpes de desprecio. Sé que era solo pasión, Lois cambió en todo y eso me hacía quererlo más, sólo reventé al ver como le hablaba, las canciones que le mandaba y los poemas que le dedicaba.

Lo aguanté todo hasta el momento donde me habla de divorcio. No podía aguantar más y es cuando le sigo para saber donde vivía esa Helena, el nunca me ha mentado, la intentó dejar muchas veces pero volvía a ella como si fuera un vicio difícil de dejar.

Yo fui a buscarla y a destapar todo este drama, sentí el odio de él al verme y en ese momento pensé que lo perdería pero Helena tenía más odio que él y eso me hizo recuperar a mi familia.

No sé si la ha olvidado, no sé si me ama, solo sé que vuelve a casa cada noche y ocupa su sitio en nuestra cama...

¿Quién fue la otra? ¡No lo sé! Solo sé que todo terminó, he aprendido a poner más atención en mi relación y a ser más sexy... hay infidelidades que salvan un matrimonio, ésta es de las que nos han traído muchas penas y muchos cambios positivos, superado éste lío, nadie ya podrá separarnos.

Por: María.

REFLEXIONES

del blog <https://uppersonblog.com>





¿QUÉ ES EL AMOR?

Yo ya no lo sé... ¿ir de sábana y colchón ajeno y luego terminar sola en una almohada de lágrimas y arrepentimiento?

¿Puede realmente amar el que no se respeta a sí mismo? Creo que es una tarea imposible, a pesar de todas esas magníficas historias que cuentan los amigos o amigas de esas relaciones esporádicas de tanto sexo y placer, de tanta lujuria y pasión, atracción o ¿será química? No sé qué decir, lo único que sé que a eso se le llama vivir y ser estupendo o estúpida, los (MÁS)...

¿Por qué esos que se dicen estar de moda y ser tan felices siempre están solos y vacíos? ¿Y luego hablamos de amor?, ¿qué amor?, ¿acaso uno se enamora de un pantalón o un escote?, ¡¡¡patético!!!

Destrozamos familias, amigos, hijos por buscar algo mejor para hacernos más modernos, luego decimos que

los que hablan es todo envidia, ¡vale! Pero ¿acaso tienes más de lo que has dejado?, ¿quién te cuida, quién te tapa?, ¿quién te escucha?...

¡Ah vale! Es sexo a lo que hoy se le llama amor.

Por S. R.



TIEMPO

¿Quién lo marca, el que lo pierde?, ¿cuántos días o semanas perdemos por darnos a los demás?, por decir un te quiero, esperando escuchar algo más de lo mismo, de dar recibiendo el doble...

El tiempo nos hace perder grandes momentos por culpa de un amigo lleno de envidia, un amor lleno de traiciones, un hijo ingrato, al igual que los que dedican su tiempo al daño, al insulto, al vivir la vida de los demás sin pensar en sí mismos.

El tiempo pasa, sí, y creo que se malgasta en el recuerdo y la amargura, luego llegamos a una edad que si nos paramos delante de un espejo nos revela todo lo perdido, incluso los años de juventud, luchamos contra ello con dietas, gimnasios, tratamientos o inyecciones para poder ocultar nuestra edad.

¿Quién limpia tu alma después de tanto daño pasado o hecho?, una operación de estética ¿en serio? Puedes cambiar tu aspecto pero nadie cambiará el pasado por borrar unas arrugas, ¡fuera engaños!, el tiempo no perdona y mucho menos olvida. ¿Tiempo o engaño?

Por S. R.



PALABRAS

No hay duda que la lengua es el peor enemigo del ser humano, las palabras te hacen y al igual te matan, intentamos ser y decir a los demás lo que no tenemos valor de ver en nosotros mismos, es curioso que en ocasiones seamos tan sinceros con los errores de los demás y tan ciegos al no ver nuestros propios Errores.

Igualmente tenemos la valentía y la audacia de decir esa gran frase: “perdono pero no olvido”. ¿Quién eres tú para no olvidar y para no perdonar?, todos usamos palabras dañinas para los demás. Yo me hago una pregunta cada día, ¿intentamos perdonar a los demás cuando ni siquiera tenemos el valor de perdonarnos a nosotros mismos?

La palabra te sale pero ¡cuidado con el don de saber hablar, la lengua te puede traicionar! Pues en momentos

juzgamos a los demás evadiéndonos de nuestros propios problemas. No seáis tan jueces cuando en el fondo todos cumplimos nuestra propia condena...

Por S. R.



¿QUIÉN SE COMPADECE?

Hoy el menú del día es la crítica con un toque de maldad de primero; de segundo tenemos falsedad con envidia a la plancha; y de postre café de despecho con un poso de lamento agrio, la bebida... el olvido.

¿Quién se compadece? ¿El valiente o el que vive las vidas ajenas y se cree perfecto tapando su miserable vida buscando las desgracias de los demás? No hay duda que de apariencias también se vive, buscando la debilidad de los demás para hacerse más fuerte... A eso lo llamo yo cobardía, ¿queremos recibir palmadas en la espalda mientras apuñalamos a los demás?

La vida no siempre es justa pero, sin duda, todos subimos y bajamos, cuidado con el menú que comes porque puede que mañana lo vomites... Compadecerse no es ser cobarde, es ser selectivo con lo que realmente eli-

ges tragar, dejar de querer ser más cuando no sabes ser persona, la humildad, la bondad, el querer ser real es... el mejor MENÚ DEL DÍA.

Por S. R.



¿REALIDADES O APARIENCIAS?

Siento gran curiosidad por entender algunas formas de pensar o de actuar de algunos de los llamados seres humanos, vivimos en un núcleo de maldad, egoísmo y competencia, donde los más normales de sentimientos son los brujos y los déspotas los santos.

Cada día se hace más difícil entender tanta apariencia en una triste realidad, es decir, ¿acaso el que se siente tan feliz amado, realizado como persona, necesita alegrarse o alimentarse del mal ajeno? ¿Es realmente necesario que el que dice amar se vista de tu dolor para dar paso a su propio egoísmo? ¿O es acaso más respetuoso el que no mide medios ni daños para llegar a su fin?

Hoy por ayer me cambio, la verdad se vuelve mentira, la rabia es una forma de vida, la venganza se convierte en el menú del día, la locura en una vivencia, las apariencias

en una disputa. Pero, ¿qué hay de la realidad?, un sueño hoy por hoy difícil de encontrar...

Al final, tengo la sensación de que nadie se llega a conocer con este ritmo de tanta ira, donde los tacones sirven más para pisar que para lucir.

Por S. R.



RIVALIDAD FEMENINA

Pelemos por modelitos, por la falda más corta, el pantalón mas apretado, el tacón más alto y lo mas gracioso (¿cómo no?): por la talla 34 ¿Rivalidades? Sí.

Que si una es más o menos guapa, que si un toque de chapa y pintura, un lavado, el tinte... En fin chicas, seamos más auténticas.

Hoy día, por lo que puedo observar, los hombres buscan más el intelecto de una mujer que unas bragas faja, buscan más la ternura y la atención que la raja de un pantalón. Pelearos y criticaros por quien liga más, por quien tiene más amantes... Criticamos a la mujer casada compartiendo marido con la misma. ¿Qué está pasando?

¿No os dáis cuenta del daño que, por soledad o por una necesidad de buscar cariño, podéis causar a otra? ¿Alguien se pone en los zapatos de la tal otra? Y ahora cambio a las

esposas perfectas que se creen dueñas de sus maridos. Sí, esas que van al parque vacilando de familia, ¿qué familia? Nadie está libre de nada pero creo que no deberíamos de criticar o juzgarnos entre mujeres, es una disputa patética pues la que hoy es esposa mañana podría ser la amante y la que hoy es amante, mañana podría ser la esposa.

Nadie está libre de nada chicas, al igual que dedicáis tiempo para el maquillaje, la pelu, el bar o a intentar ligar, pensad y regalad tiempo a la mente pues ese es el único maquillaje que no se borra.

Vuestras acciones son como tatuajes de esos que ni con laser se quitan, luego os preguntaréis lo que hoy con tanta guasa contestáis ...

MUJERES ¿Amigas o enemigas?

Por S. R.



¿CASADOS O DESESPERADOS?

Muchas veces culpamos a los hombres por sus infidelidades, su falta de atención, su falta de cariño, romanticismo, etc. ¿Hasta qué punto podemos exigir lo que muchas veces no damos?, ¿acaso sólo cambia el hombre? ¿Las mujeres son las mismas que en un principio los han enamorado? No.

¿Dónde está ese olor a perfume que antes lo embriagaba?, ¿dónde está ese sexy vestido rojo?, ¿dónde está esa mirada que los embriajaba, esos aires de elegancia o esos juegos de seducción? ¿Es realmente el hombre el culpable?

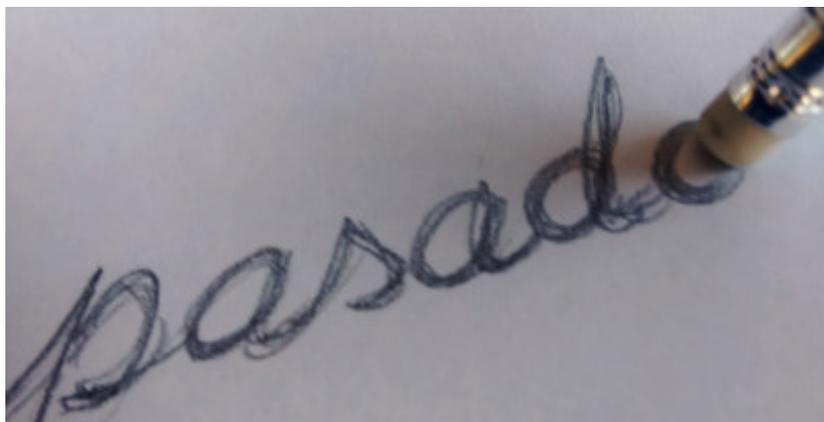
Os quejáis de los cambios y a veces parecéis desconocidos más que una pareja. Antes lo recibías con deseo, ahora con pereza. Antes seguro le hablabas, ahora le gritas. Hoy pasas más tiempo con las amigas o criticando con la vecina del primero lo que hace la del quinto. ¿Cómo lo recibes, en bata y pijama?

¿Y esos comentarios de ¡venga rapidito! como si fuera una obligación sentir con tu marido? Luego os quejáis de que os dejan... ¡pero por Dios, si os arregláis más para ir al gym que para recibir a vuestros maridos!, ¿tanta pereza os da, o es que creéis que siempre estarán ahí?

¡¡¡Cuidado, alerta!!! Que nadie es eterno ni nadie es de nadie. Un papel no te da el título de esposa, es la esposa la que hace de un papel un título.

Tú y sólo Tú sabrás si tu marido es Un Casado o Un Desesperado.

Por H. N.



¿EX O FANTASMAS?

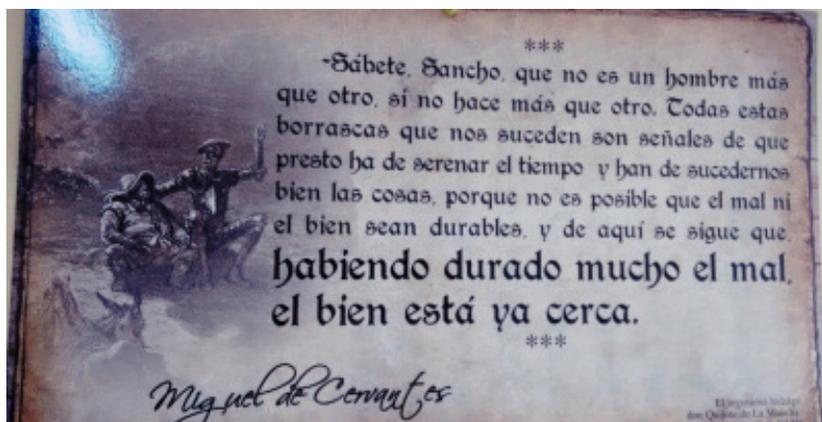
¿Vivir o pelear? ¿Es más de lo mismo? Antes llamábamos a las suegras “las complicadas”, ahora todo ha cambiado. Asumes una relación con el ex de alguien, sea hombre o mujer, y parece que vas a un precipicio sin red de seguridad, es como pagar una pena sin delito alguno. Cargas con todo el pack, asumes una responsabilidad que no es la tuya y encima eres lo peor.... ¿por decir basta?

En esos momentos miras a tu pareja o marido como a un ser de otra galaxia y te preguntas ¿esto es real?, ¿me ha dicho esto? Cosas que escuchas de su boca que hacen más daño que pinchos en los oídos como: ¿quieres que me pelee?, ¿qué hago?, ¡paso! no quiero problemas... Si esto realmente es así no tengamos ex, el que está con uno o una que no cargue con su pasado, ni cargue al que venga. Pido cordura.

Nadie tiene que pagar las frustraciones de nadie y si uno o una no está preparado/a para renovar su mente que siga con lo del pasado, pero que no pague un viaje prometiendo un futuro para luego dar vueltas a la misma cabina que sólo repite su billete. Hay que vivir... sí, pero ¿en el pasado cargando las maletas de otros y que te den lo prometido en futuro?

¿Quién paga este vivido presente, tú o tu ex? No regales tiempos... ¡dale valor al minuto!

Por S. R.



¿FANTASMAS O EX?

Después de leer algunos comentarios y debido a algunas peticiones he decidido profundizar un poco más sobre este espinoso tema.

No es una disputa y menos una guerra entre pasado y futuro.

Lógicamente en causa están muchos factores: dolor, críticas, luchas, rencor... y, lo que menos me gusta, una disputa entre EX y REALISMO.

No está en causa a quien se ha amado mas o menos, uno se casa hasta que algo lo rompe, nadie de los que vienen tienen la culpa de hijos o pasado de otras u otros.

Hay que respetar un pasado para abrir puerta a un futuro y simplificar el presente.

Culpar al que entra no arregla el dolor del que rompe, NADIE es culpable del pasado de NADIE... Las relaciones

pasan al igual que las edades, una pasión no es un amor, una “SEGUNDA” no es menos que una “PRIMERA”, no es mas amado el hijo parido que el hijo “adoptado”(el que opina diferente poco ha amado).

Dar espacio, dejar a la gente ser feliz es crecer como persona, poner trabas o usar el egoísmo o el chantaje para retener o amargar a un ex, es amar poco a unos hijos o a uno mismo. Amar es no retener a nadie obligado a tu lado.

Ser feliz es aceptar otros colores en tu vida, es darse cuenta que solo criticamos lo que no podemos ser y recordar que la vida ¡¡ES SOLO UNA!! No hay que reflejar en otros los defectos que te han llevado hoy a ser una ex... ¿o un FANTASMA?

Por S. R.



¿INFIDELIDAD O VICIO?

Me da una risa constante la típica frase de que, “uno busca fuera lo que no tiene en casa” ¿hasta qué punto es verdad eso?

En unos primeros comienzos creo que cada uno DA casi todo lo mejor que tiene para enamorar y enamora de su pareja, el sexo fabuloso, la química una tentación continua, esas mariposas, esos halagos, los piropos diarios... en fin, todo un sueño lleno de ilusiones. ¿Por qué la infidelidad?

Pocos somos los que nos enteramos de tal hazaña, muchos los que no queremos enterarnos, y ahí están los que con cualquier excusa lo hacen sin pensar en ese daño profundo, esos que tanto dicen te amo y te traicionan sin más, ¿por qué?

Fidelidad o vicio... hay muchos que piensan que si tu pareja hecha una cana al aire sin tener esa amante o

amiguita/o o pagando eso es fidelidad, simplemente un vicio, luego le llamamos infieles a los que comparten cama con otra persona al mismo tiempo que con su pareja, ¿infieles?

¿Donde está ese límite? ¿hasta qué punto se puede perdonar tal traición?

Depende del afectado y del infiel, dicen que los hombres son más sexuales que las mujeres. Yo estoy totalmente en desacuerdo con ese dicho, creo que es lo mismo solo que la pareja debería seguir dando lo mismo que al principio, porque alguien en algún momento de su día, semana o mes no esté sexualmente activo no creo que sea culpable, la rutina diaria suele romper esa magia inicial, si tanto dicen amar no te hace falta consuelo en ningún tipo de brazos ajenos... Menos VICIO y más LUCHA.

Pronto os daré algunos consejos para poder perdonar y para que vuelva la magia del primer día, un saludo.

Por S. R.



¿PERDONAR SIN OLVIDAR?

Pasamos por situaciones bastante críticas donde la frase “perdono pero no olvido” se hace notar cada vez mas en nuestro vocabulario.

Es de pena, pues si una no olvida no se libera jamás de ese dolor. Si realmente buscamos el perdón, debemos pedirlo desde el arrepentimiento y al contrario, si queremos perdonar debemos hacerlo olvidando el daño.

¿Cómo puedo perdonar que me rompan el corazón? Las lagrimas lloradas, los sueños que creamos, el pasado creado, las promesas de futuro... tanto construido y luego por una o varias traiciones ¿todo perdido?

Frustrante, ¿cómo perdonar u olvidar eso? ¡¡¡Sí se puede!!!

Si ese amor es fuerte se puede valorar todo lo que habéis creado juntos, todo lo vivido... esos momentos de

risa, de amor, de ternura, recordando lo bueno se puede olvidar los fallos. Nadie está libre de la tentación y menos de los fallos, recordad que nadie es perfecto y todo puede pasar de moda pero ese amor sigue estando, solo haced que vuelva la pasión.

Seas hombre o mujer perdonar no es de cobardes, no se es menos valiente por pedirlo ni por aceptarlo, sólo los valientes saben olvidar y sólo el amor sabe aceptar tal valentía.

Meditad siempre si vale la pena y, si es así, PERDONA y, si es así, PIDE PERDÓN.

Sin culpas, sin un disfraz, sin maquillaje.

Hazlo de verdad.... y ¡¡¡a seguir adelante!!!

Por S. R.



¿CÓMO RECUPERAR LA MAGIA?

Después de una crisis sentimental aparecen las culpas, los reproches y lo peor... la desconfianza.

En esa situación debemos parar un poco y dedicarnos a escuchar nuestro YO.

Las culpas no son ni buenas ni malas pero castigarnos por ello sí, es bastante destructivo.

Vuelve a empezar, pues es posible volver atrás con tu pareja y muy divertido. Recuerda tu primera cena, la primera canción, el primer beso, la primera carcajada, aquellos susurros... Recrea esas sensaciones, olvida todo lo gris, aparca lo negativo y permite que salga ese sol que os quemaba de pasión.

Dejad aparte los hijos, las preocupaciones del hogar, los problemas económicos, el estrés del trabajo, la familia, la opinión de los demás...¡¡¡Todo fuera!!!

Daos las manos, apretad vuestros cuerpos y sentid vuestros corazones, volverán a latir y ese latido traerá la magia de vuelta a vuestra vida.

Permitíos volar y tapad esas cicatrices con vuestro propio amor.

Por H. N.



ES DE PENA

Hoy mi grito es de pena, de pena por ahogarnos en aguas pasadas, por vivir de pasados rotos, por sentir momentos reventados, por no parar a perdonarnos al escuchar la voz interior...

Creo que perdemos el tiempo y la energía en pagar con los demás nuestro propio error. Levántese el que crea en sí mismo, despierte el que reconoce sus errores, que se escuche al valiente que sea capaz de pasar del pasado al presente...

No seamos marionetas del dolor, peleemos por una risa y antes de volverte tan amargado, escucha al Niño que hay en ti, al niño divertido de tu pasado. Valorar lo presente, el futuro siempre será una sorpresa.

Por S. R.



BUSCANDO RAZONES

A menudo intentamos crear razones para encontrar motivos que nos hagan tomar o no tomar esa decisión que puede cambiar o romper la estabilidad aparente, desafiar a otro tipo de rutina o quebrar esos miedos que forman parte de nuestro día a día.

Hay sin duda personas que por su inseguridad, falta de estima y personalidad cambiante, dejan de vivir sus vidas penosas dedicándose a la crítica ajena, al insulto vulgar y a las comparaciones odiosas. ¿Por qué ocurre esto?

En mi opinión, son las características de poca seguridad, es decir, cuando tenemos esa necesidad de hablar de los demás con rabia y odio es simplemente por nuestro día a día, por cobardía al no ser capaces de decir quien somos, lo que somos y lo que buscamos, cuando tu vida es embriagarte de las desgracias ajenas es que tú ya has dejado de tener vida, eso solo te lleva a hablar mal de todos, a querer para todos lo mismo que tú tienes, es tanto el egoísmo

que solo criticamos la parte nuestra que vemos reflejada en otra persona, la que llama puta recordará su pasado, el que dice borracho será que antes fue alcohólico, etc.

Luego venimos pidiendo consejo, ¿para qué? Si uno es tan auténtico para destruir, para escupir, para criticar... ¿qué consejo se le puede dar a tal genio?

Tanto sabes de la vida de los demás que se te ha olvidado la tuya, intenta recordar quién eres y qué quieres antes de criticar, sólo así podrás opinar tanto de la vida de los demás.

El que pide consejos no viva de opiniones.

por S. R.

ESTA PÁGINA NOS PUEDE SERVIR PARA:

SOBRE LA AUTORA

SOBRE UPPERSON

HA DE SER UN TEXTO CORTO
QUE OCUPE ESTA PÀGINA
Y, COMO MUCHO, PARTE DE LASIGUIENTE.

LUEGO UNA HOJA EN BLANCO
Y CERRAMOS PLIEGOS.

